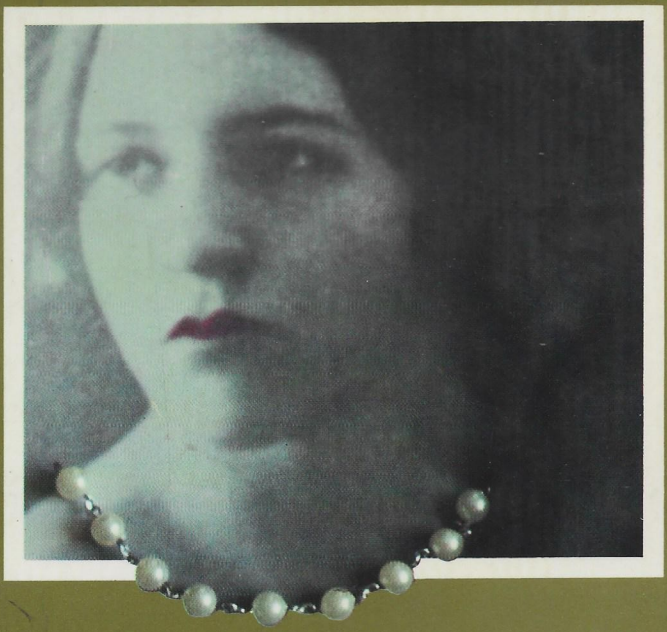
El CORAZÓN PRESO



Concha Urquiza

GUEZ BARRAGÁN", DGB

Tercera Serie
LECTURAS 21 MEXICANAS

CONCHA URQUIZA (1910-1945). Su precocidad literaria se inició con la lectura de clásicos españoles, griegos y latinos. A partir de los once años publica sus primeros poemas en la *Revista de Yucatán* y en *Revista de Revistas*. Durante la juventud pasó de la militancia en el partido comunista a la adopción de diversas teorías estéticas y políticas. En 1937 entra en una crisis que la lleva a romper con su pasado. "El temperamento de Concha —dice Rosario Castellanos— se quemaba entre dos fuegos: la inteligencia y el fervor religioso. Le preocupaba sobremanera el problema de su salvación y se entregó apasionadamente a la búsqueda de los medios para alcanzarla." En 1938 ingresa a un convento de monjas docentes; al poco tiempo lo abandona y se traslada a San Luis Potosí, en cuya universidad enseña lógica e historia de las doctrinas filosóficas cristianas. Este periodo se ha considerado como el más fecundo de la poeta, si bien la mayoría de los escritos fueron quemados después de su muerte. La recopilación de Gabriel Méndez Plancarte en *Obras. Poemas y prosas* (1946) posee un profundo sentido filológico, complementado por José Vicente Anaya en la presente edición de *El corazón preso*, donde se reúne toda su poesía.

Pese a las amistades de Concha Urquiza con algunos escritores y críticos de su tiempo, la suya es una obra al margen de cenáculos literarios. A lo sumo puede hablarse de una esquila de la generación de los Contemporáneos al referirse a las atmósferas poéticas de *El corazón preso*, como lo ha hecho José Joaquín Blanco; pero, ciertamente, la imagen que mejor corresponde a esta poesía es la de una orquídea en el desierto.

NT: 4030
Adq: 3815
Vol: 1
Ej: 1
BPM "J.NE

Consejo Nacional para la Cultura y las Artes
Dirección General de Publicaciones
9 789682 928048

El CORAZÓN PRESO

Biblioteca Pública Municipal No. 231
PROFESOR
E. MEREO AMBROSIO RODRIGUEZ BARRABAS

Una nueva selección de los narradores, poetas y ensayistas que han forjado la literatura mexicana del presente siglo

El CORAZÓN PRESO

Recopilación
de Gabriel Méndez Plancarte
Recopilación
de poemas dispersos
y presentación
de José Vicente Anaya

Concha Urquiza

Tercera Serie
LECTURAS 21 MEXICANAS

Consejo Nacional
para la
Cultura y las Artes
Dirección General de Publicaciones

861M
U76
C65

BPMNR

Primera edición en Lecturas Mexicanas: 1990

Producción: Dirección General de Publicaciones del
CONSEJO NACIONAL PARA LA CULTURA
Y LAS ARTES

D.R. © 1990 para la presente edición
Dirección General de Publicaciones
Av. Revolución 1877, 10° piso
San Ángel, CP 01000
México, D.F.

Edición basada en la recopilación de Gabriel Méndez
Plancarte, en *Bajo el signo de ábside,* 1945

ISBN 968-29-2804-4

Impreso y hecho en México, D.F.

ÍNDICE

La poeta enamorada de Dios, José Vicente Anaya.... 11

POEMAS

I. Como Alonso Quijano... 27
II. Marinero del claro romance... 28
III. Al yoglar de Nuestra Señora..... 30

SONETOS BÍBLICOS

I. Job..... 33
II. Sulamita 34
III. Ruth..... 35
IV. David..... 36
V. Jezabel..... 37

VARIACIONES SOBRE EL EVANGELIO

I. Christus 41
II. El geraseno..... 43
III. El encuentro..... 45
IV. El apóstol 47

SONETOS DE LOS CANTARES

La canción de Sulamita..... 51
Ya corre el corazón... 52
Aunque tu nombre... 53
Hijas de la ciudad... 54
Yo, para no vestir... 55
Pastor enamorado... 56

13062

Aunque tan sierva... 57
Cuando el herido... 58
Cándida fui, mi Dios... 59
Soneto en dos rimas 60

LIRAS

Loores por Cristo 63
Cristo en la cruz 66
Dicha 70
¿Cuándo...? 72

ÉGLOGAS

Canciones en el bosque 77
Yo cantaré mi amor... 77
No más la soledad... 78
Volvámonos, Amor... 79
Manojillo de mirra... 80
Égloga en tercetos 82
Égloga del pastor nocturno 86
I. La campiña 86
II. El pastor 87
III. Los pastores 88
IV. Las pastoras 89
Dafnis 91
Elogio de Esquilo 97

ROMANCES Y CANCIONES

Romance del juglarillo simple 101
Romance de la lluvia 105
La canción intrascendente 107
Romance del romero 109
Canciones 111
La canción de junio 113
Cancioncillas 115
Caminos 117

DEL AMOR DOLOROSO

Como la cierva... 121
La llamada nocturna 122
La oración de temor 123
A Jesús, llamado "El Cristo" 124
I. 124
II. 125
III. 126
IV. 127
V. 128
Mons Dei 129
Dame el refugio... 129
Yo para Ti nací... 130
Yo sé que Tú... 131
Cristo Jesús, Tú sabes... 132
La oración en tercetos 135
Memorare novissima tua... 138
Beatus ille... 140
Invitación al amor 143
Pax 146
Retrato del amado 148
La cita 150
Te esperaré esta noche... 150
Te espero en el recinto... 151
Sed moriar 152
Bión 154

PAISAJES MICHOACANOS

Retorno a Morelia 159
Nostalgia de lo presente 161
Romances de Pátzcuaro 163
I. El romance de la luna 163
II. 165
III. A Pátzcuaro (una canción de despedida) 167
Las canciones del Cupatitzio 168
I. Río abajo 168
II. Un mancebo 169

III. Un recuerdo 170
IV. Una variante 171
Tres sonetos 172
I. Primavera 172
II. Crepúsculo 173
III. Camécuaro 174

CINCO SONETOS EN TORNO
A UN TEMA ERÓTICO

I. 177
II. 178
III. 179
IV. 180
V. 181

NOX

I. 185
II. 186

APÉNDICE

POEMAS DISPERSOS

Tus ojeras 197
Plegaria de luz 198
Los bohemios 199
A una mujer aureolada por sus cabellos 200
Las piedras del camino... 201
Elogio de Pierrot 202
Arrepentimiento 203
Despedida del juglar 204

LA POETA ENAMORADA DE DIOS

Mi naturaleza es de fuego.

Santa Catalina de Siena

Mi temperamento quiere con ardor.

Santa Teresa de Jesús

I

Concha Urquiza (1910-1945) en su corta estancia aquí en la Tierra dejó una gran estela de amor, que va de su deleitosa poesía místico-erótica a las amistades que cultivó. La capacidad amorosa de Concha se refleja en el gran cariño que, a su vez, le profesaron quienes la trataron de cerca. Amigos y amigas que han demostrado un especial afecto y admiración por Concha son los escritores Mauricio Magdaleno y Arqueles Vela, los hermanos eruditos Gabriel y Alfonso Méndez Plancarte, las poetas Rosario Castellanos y Dolores Castro, los sacerdotes poetas Joaquín Antonio Peñalosa y Xavier Guzmán Rangel, las cultas abogadas Rosario Oyarzun y Guillermina Llach, los poetas Germán List Arzubide y Manuel Calvillo, los académicos Antonio Castro Leal y Porfirio Martínez Peñalosa y tanta gente más.

Concha nació en Morelia, Michoacán, el 24 de diciembre de 1910. Siendo muy pequeña muere su padre y la familia se traslada a la ciudad de México. Desde sus primeras letras muestra inclinación por la literatura clásica, a tal grado que a sus once años de edad ya escribe poemas de una admirable confección, como los que publicó en *La Revista de Yucatán* (1923). Ya adolescente, a los catorce años, publicó en la famosa *Revista de Revistas*, donde aparece una foto suya en que es notable su precocidad y una especial sensualidad.

De 1928 a 1933 Concha vivió en la ciudad de Nueva York, periodo en el que se gesta su formación cosmopolita, donde se

pone al día en lo que respecta a temas y autores de suma importancia en aquella época. Es también el momento en que perfecciona su conocimiento del inglés y lee a los clásicos de este idioma. De aquí viene una frase de chispa que hizo correr entre sus amigos: "Cuando estoy en los Estados Unidos y oigo ladrar el inglés, me pongo a leer a Shakespeare. Cuando estoy en México y oigo aullar el español, me pongo a leer a Cervantes."

En los años que anteceden a su viaje a los Estados Unidos y que se extienden a poco después de su regreso a México, Concha vivió una experiencia politizada con inclinación de izquierda, que parece haber ido de la simpatía o militancia en el comunismo al anarquismo crítico, terminando en una insatisfacción existencial que creyó sólo podría resolver en la vida religiosa, pasando así a una búsqueda mística en el catolicismo, que la llevó a ser postulante en un convento de las Hijas del Espíritu Santo (monjas docentes). En esta etapa Concha escribió sus más bellos poemas, caracterizados por una sabrosura de lenguaje e imágenes erótico-amorosas, similares a los que escribieron los poetas clásicos españoles fray Luis de León, santa Teresa y san Juan de la Cruz.

Entre la bohemia y la vida religiosa, Concha rechazó toda impostura o alarde típicos en los ambientes intelectuales y, desde este punto de vista, fue tan modesta y rigurosa consigo misma que nunca le dio a sus escritos la importancia que merecían. Fue así que no se preocupaba por conservar sus poemas, tal vez no pensó en que llegaría a publicar un libro con ellos. Son múltiples las anécdotas de sus amigos y amigas en las que cuentan que, estando en alguna cafetería, Concha escribía rápidamente sobre una servilleta y la dejaba en la mesa o se la regalaba a quien le acompañaba. Ahora resulta que muchas de esas servilletas son los originales de sus poemas.

Concha Urquiza murió ahogada en el mar de Ensenada, Baja California Norte, el 20 de junio de 1945. Su poesía ha tenido varias ediciones aunque de pocos ejemplares y una distribución deficiente, razón por la cual no es muy conocida. Hasta aquí, se trata de una breve presentación de esta poeta quien, junto con sor Juana Inés de la Cruz, es orgullo para la cultura mexicana.

II

Una orquídea en el desierto... Sólo una imagen así nos aproxima a Concha Urquiza. Poeta inconcebible que, sin embargo, apareció. Insólita, extraña, aislada... Nadie como ella ha podido escribir una poesía delicada, profunda, hermosa, con cánones clásicos y auténtica, en pleno siglo XX. En su poesía no hay meras formalidades, y mucho menos una simple imitación del pasado, puesto que ella *vivió* su religiosidad (entre 1937 y 1945) con la misma búsqueda y entrega que lo hicieron los poetas místicos españoles en el siglo XVI.

Concha Urquiza amó con intensidad, y con todas las contradicciones que ese amor implica. Su pasión quedó escrita en cartas, en un diario y en sus poemas. Su gran Amado fue Dios. Después de unos cuatro años de militar en el Partido Comunista, descubrió que sólo el amor ardiente por la Divinidad podría llenar su existencia. Sucedió en 1937, "la noche en que Él se apoderó tan completamente de todos mis deseos".[1] Unos meses más tarde escribió: "Nunca amé a nadie con tal pasión del entendimiento y la voluntad, ni creo que después de haber sentido esto pudiese contentarme con el amor a un hombre."[2]

El amor ha sido la vía de acercamiento y culto a Dios para la mayoría de los místicos católicos. Más de doscientos años antes de los místicos clásicos españoles, Ramón Llull decía: "Sin el amar, Dios no se comunica con hombre alguno."[3] Y fray Luis de León: "Ninguna cosa es más propia a Dios que el amor; ni al amor hay cosa más natural que volver al que ama en las primeras condiciones y genio del que es amado."[4] Recordemos que san Juan de la Cruz llegó a concebir diez grados de amor místico:

> *1*...hace *enfermar* al alma provechosamente; *2*...*busca sin cesar* a Dios; *3*...*hace al alma obrar y le pone calor para no faltar*; *4*...causa en el alma, por razón del amado, *un ordinario sufrir sin fatigarse*; *5*...hace al alma *apetecer y codiciar a dios impaciente-*

[1] Concha Urquiza, *Obras. Poemas y prosas*, comp. y pról. de Gabriel Méndez Plancarte, México, Ed. Bajo el signo de ábside, 1945, p. 204.

[2] *Vid. supra*, p. 249.

[3] Ramón Llull, *Proverbis*..., trad., pról. y notas de Sebastián García Palou, Madrid, Editora Nacional, 1978, p. 103.

[4] Fray Luis de León, (versión de) *El cantar de los cantares*, Madrid, Espasa-Calpe, 1981, (col. Austral, núm. 464), p. 7.

mente; *6*...hace *correr* al alma ligera hacia Dios y *dar muchos toques* en él, y sin desfallecer corre por la esperanza; *7...hace atrever al alma con vehemencia*; *8...hace al alma asir y apretar sin soltar*; *9...hace arder al alma con suavidad*; *10...hace al alma asimilarse totalmente a Dios*...[5]

Concha Urquiza, con toda seguridad, conoció todos estos grados de amor.

La poesía mística es forzosamente producto de una *revelación*, no puede escribirse sin experimentar el trance espiritual. En 1940, Concha escribe:

> A veces me ha pasado una cosa natural, pero desconcertante: volver de una oración[6] intensa y darme cuenta, de pronto, como que se me entra por los sentidos, del mundo alrededor de mí. La sensación es estupor y curiosa tentación de angustia, como quien pasa de un medio físico a otro que le es extraño: había estado viviendo en ese mundo tan diferente, del alma, y me parece que choco con las cosas exteriores, y que me lastima su realidad.[7]

Pocas veces el fuego vehemente del amor puede ser expresado en una frase corta, como lo hizo Concha Urquiza: "quiero amarte sin mí". Frase que nos recuerda uno de los versos más famosos en san Juan y santa Teresa: "Vivo sin vivir en mí." Pero estas palabras de Concha nos dan otra dimensión.

Siendo tal el amor de Concha Urquiza, ella, como poeta enamorada, se describe en un atropello de imágenes para buscar a su Amado:

> Yo soy como la cierva que en las corrientes brama.
> Sed y polvo de fuego su lengua paraliza,
> y en salvaje carrera, con las astas en llama,
> sobre la piedra el casco golpea y se desliza.

En un soneto de 1943, el ansia que produce el amor es expresada así:

> Este imperioso afán que te reclama
> no en el centro del alma fue nutrido:

[5] San Juan de la Cruz, *Noche oscura*, libro II, capítulo 19.

[6] "*La oración es una subida o levantamiento del entendimiento en* Dios...", san Juan Damasceno, *Fide*, libro III, capítulo 24.

[7] Concha Urquiza, *op. cit.*, p. 325.

me ha turbado sin mí, como el sonido,
es ajeno a mi ser, como la llama.

Toda la belleza del Amado puede ser captada sin necesidad de describirlo detalladamente, basta con algunos destellos que dan una presencia más que total, como en este fragmento del poema "Job":

hirió la tierra, la ciñó de abrojos,
y no dejó encendida bajo el cielo
más que la obscura lumbre de sus ojos.

En la poesía amorosa mística no faltan las imágenes eróticas, sabrosas, que mueven los sentidos. De "La oración en tercetos" transcribimos estos fragmentos de Urquiza:

Como amante en el seno del amigo,
que largamente bebe su deseo,
gozarme quiero en soledad contigo.

[...]

Cuando te rindas a mi tibio abrazo,
háblame, dulce Amor, de aquella cita
que has de ceñirme con eterno lazo.

[...]

Allí te encontraré la vez postrera,
y en tu pecho de amores florecido
conoceré la eterna primavera.

[...]

El ciego centro de mi vida toca,
y éntrate al corazón como la llama
que en flaco leño con fiereza emboca.

[...]

Y así anegado el corporal sentido,
aquiétate en mi seno mansamente
y tengamos las cosas en olvido.

La descripción de un paisaje también expresa la delicadeza del sentimiento amoroso, las imágenes suaves nos dejan la sensación de un momento en que la enamorada de tanto tener el amor casi lo pierde:

> Ya la niebla sutil se despereza,
> y canturreando amores en el viento
> un pájaro los valles atraviesa.

Los ojos se fascinan de ver, y ya no son los sentidos ordinarios, ven más y diferente, como en estos versos del poema "El encuentro":

> La playa vasta en los dorados ojos,
> de clara luz bañada;
> las aves marineras atraviesan,
> colúmpianse las brisas derramadas;
> cálido olor de brotes y de nidos
> trasciende la montaña.
> Ávida y lentamente va la tierra
> por las pupilas áureas.

El pasmo ante el inmenso y complejo funcionar del universo culmina en la percepción de la música estelar:

> Bajo los quietos ojos
> treme y se agita la materia informe;
> giran las nebulosas encendidas,
> halla su centro el incipiente orbe,
> la múltiple expresión busca el principio,
> agrúpanse los átomos veloces,
> se organizan las fuerzas derramadas,
> se complican las notas en acordes.

Vida, materia, toda posesión (hasta el amor asido), están bajo el signo de lo efímero —desgaste, trocitos que van desapareciendo:

> ¿Que es bajo polvo lo que vil adoro,
> y que siendo este bien perecedero,
> a tiempo que lo gozo, lo devoro?

La ciudad alucinada, con su presencia aplastante de materialidad, puede explicar la tristeza y la necesidad de un contacto en el orden de lo sensible:

> Va la ciudad flotando a la deriva
> con perezosas brumas y deshielo;
> la luz, sobre la cúpula del cielo,
> más parece pintada que no viva.

Para la mística católica sólo el amor a Dios induce a pasión extrema. Ya nos había dicho Concha Urquiza: "ni creo que después de haber sentido esto pudiese contentarme con el amor a un hombre". San Juan de la Cruz dice: "es una transformación total en el Amado, en que se entregan ambas partes por total posesión de la una a la otra, con cierta consumación de unión de amor".[8] La sabrosura de este amor pleno, erotizado, mueve al olvido de lo terrenal:

> Mi corazón olvida
> y asido de tus pechos se adormece:
> eso que fue la vida
> se anubla y obscurece
> y en un vago horizonte desparece.
>
> ---
>
> ¡Esfuerza, corre, búscale, así aprendas
> la ciencia del amor pura y sabrosa,
> así del muro de su pecho prendas
>
> y entres a la bodega silenciosa
> y sepas el secreto de su vino
> con que el alma se embriaga y se reposa!

¿Y qué es el amor? El amor es una de esas pocas cosas que no pueden ser explicadas sin experimento de por medio, y que tal vez sólo la *precisa imprecisión* de la poesía se aproxima a decirlo:

> Amor, corriente escondida
> que pechos adentro va,
> como un manantial que está
> alimentando mi vida.

[8] *Cántico espiritual*, canción 22.

En los momentos esquivos del Amado, hay dolor, y la poeta reclama:

¿Por qué, si enamorado,
la ley esquivas del abrazo ardiente?
¿Por qué la dulce fuente
hurtas del bien deseado,
dejando labio y corazón burlado?

También, por ser inmenso el amor, la poeta queda apabullada y confundida, hasta encontrarse en el tenso centro de las contradicciones:

Entre el cobarde impulso de olvidarte
y el doloroso afán de poseerte,
el corazón vacila de tal suerte
que ya no sabe huirte ni buscarte.

Las imágenes amorosas que hemos visto en la poesía de Concha Urquiza, son sumamente explícitas de un amor de enorme fuerza. Su gran amor, Dios, ha sido vivido y cantado con un fuego que arde desde las entrañas del cuerpo y del alma. El místico español Francisco de Osuna, en las primeras décadas de 1500, escribió:

> Esta amistad o comunicación de Dios al hombre, no por llamarse espiritual deja de tener mucho tomo e certidumbre...; hablo de la comunicación que buscan e hallan las personas que trabajan de llegar a la oración y devoción, la cual es tan cierta que no hay cosa más cierta en el mundo, ni más gozosa, ni de mayor valor ni precio.[9]

Todo amor vigoroso lleva de diferentes maneras, entre la dialéctica de la unión y la separación, a sentir muchas formas de dolor y muerte. Pero si el Amado es Dios, el asunto es aún más complejo. San Agustín describió su estado de amor así:

[9] E. Allison Peers, *El misticismo español*, trad. Carlos Clavería, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1947, (col. Austral, núm. 671), p. 80. Veamos este argumento de José Ortega y Gasset: "No puede ser objeción contra el misticismo que su conocimiento sea indecible, un color tampoco puede decirse. Por esto lo arriesgado que es someter a peso y medida intelectual lo que el místico declara [...] Los místicos han sido en todo tiempo y lugar grandes artistas de la palabra." Citado en: Luis Santullano, *Obras completas de santa Teresa...*, introd. Madrid, Aguilar, 1963, p. 12.

Y no podía vivir sin Él... ¡Con qué dolor se entenebreció mi corazón! Cuanto miraba era muerte para mí... Y cuanto había comunicado con Él se me volvía, sin Él, un suplicio suavemente cruel. Y llegué a odiar todas las cosas porque no Le tenían...[10]

El asunto es más complejo porque, en el amor místico católico, la muerte es el único medio en que se puede vivir (estar) definitivamente con el Amado. Y de hecho el morir (*pasar a la otra vida*) es un anhelo ferviente en estos místicos. Recordemos estos versos de fray Luis de León:

¿Cuándo será que pueda
libre de esta prisión volar al cielo,
Felipe, y en la rueda
que huye más del suelo,
contemplar la verdad pura sin velo?

O estos otros de santa Teresa:

¡Ay, qué larga es esta vida!
¡Qué duros estos destierros!
Esta cárcel, estos hierros
en que el alma está metida.
Sólo esperar la salida
me causa dolor tan fiero,
que muero porque no muero.

Sin menos intensidad, sin menos belleza, Concha Urquiza escribió estos versos en que desea morir para estar con el Amado:

El corazón do entero te vertiste
tu camino forzado entre despojos,
y el duro sello de tu amor pusiste,
¿qué puede ya buscar sino tus ojos?
¿qué desear, sino morir contigo?

La muerte es también la liberación (cfr. *supra*, santa Teresa) de todo sufrimiento terrenal. Lo terrenal, lo pedestre ata a la inmediatez, y hasta puede alejar de la Divinidad. El sufrimiento, entonces, se sigue desdoblando. El deseo de muerte aparece por no tener a Dios en vida o porque es tenido muy poco y de-

[10] San Agustín, *Confesiones*, libro IV, capítulo 4.

seado más, o para tenerlo definitivamente *en la otra vida*. Así, Concha Urquiza llegó a escribir:

> llegará una hora —quién sabe cuándo... tal vez allá detrás de la muerte—, en que vuelva a abrirse para mí Su corazón divino y me deje refugiarme en Él, y dormir...[11] / *Dichosos aquellos que mueren en el Señor* [...], me pregunto si de veras es cosa de entristecerse por la muerte de un ser amado. Dichosos... ¡qué más quisiéramos nosotros que estar con Él ya para siempre![12] / todavía a ratos cometo la locura de volver a soñar con aquella muerte gloriosa que Tú sabes: morir por amarte...[13] / En estos días mi oración viene a condensarse en un solo ruego: que si no es posible que sea Suya, no quiera alargar mi vida.[14]

Lo más deseado, Dios, está en el orden de lo espiritual; entonces, en su búsqueda choca con todo lo material. Contradicción entre el Cielo y la Tierra. "Yo conozco ahora demasiado bien que me muevo entre sombras y entre muertos, y que —si quiero vivir— Él es la Vida."[15] Y ya había escrito santa Teresa: "Dábanme gran contento todas las cosas de Dios; teníanme atada las del mundo. Parece que quería concertar dos contrarios, tan enemigo el uno del otro, como es vida espiritual, y contentos, y gustos y pasatiempos sensuales."[16]

Las contradicciones entre lo terrenal y lo celestial llevan a Concha Urquiza hasta la zozobra, a un sufrimiento constante de caídas y levantadas, incluso, a las crisis nerviosas.

El mismo amor, de por sí, en tanto sentimiento humano, conlleva contradicciones de las que no escaparon ni los místicos clásicos españoles. No olvidemos que el amor es una pasión. Es por eso que los místicos orientales buscan deshacerse de las pasiones.[17] Entre los cristianos (europeos) místicos, parece que sólo Meister Eckhart coincide con los orientales, sobre todo con su concepto del *desprendimiento* o *desasimien-*

[11] Concha Urquiza, *op. cit.*, p. 365.
[12] *Vid. supra*, p. 219.
[13] *Vid. supra*, p. 349.
[14] *Vid. supra*, p. 345.
[15] *Vid. supra*, p. 355.
[16] Santa Teresa de Jesús, *Libro de su vida*, capítulo VII.
[17] "Quien se ha liberado de las ligaduras de las pasiones, quien se ha desprendido del cuerpo y quien ha alcanzado la Sabiduría marchando más allá del reino de la ilusión, brilla esplendorosamente como el Sol." *Undánavarga*, Londres, VI, 12, edición de W. W. Rockhill, 1883.

to.[18] Es importante también notar que para los místicos orientales vivir o morir es lo mismo, en tanto simples cambios de "esferas" o reencarnaciones; por lo tanto, les da igual estar vivos que muertos, esto les hace esperar la muerte en cualquier momento sin el deseo de algo mejor en *la otra vida*. El equivalente al Cielo o Paraíso, para los budistas, es el *Nirvana* lo cual puede alcanzarse en vida a través del estado búdico (o de Buda); sin embargo, se puede decidir alcanzar sólo el grado de Bodhisattva para reencarnar en la Tierra y seguir haciendo el bien.[19] En el misticismo oriental también hay erotismo (sexualidad), como lo es la práctica del tantra, pero en este caso la erotización no es con la Divinidad, sino llanamente carnal, y se toma más como una técnica de entrar en trance o iluminación a través del éxtasis orgásmico.[20] Estas diferencias, entre la mística de oriente y la de occidente, vienen al caso sólo para señalar cómo una visión determinada del mundo, la cosmogonía, puede crear consecuencias específicas. Sin la vivencia apasionada del amor por Dios, los místicos católicos no habrían producido poesía amorosa tan bella.

III

Concha Urquiza, sobre todo, fue una gran enamorada de Dios, y es por este enamoramiento que nos dejó tan hermosa poesía. A las contradicciones de su amor por la Divinidad (todo enamoramiento profundo crea desazón) hay que agregar su lucha entre lo espiritual y lo material, sus amores a humanos y, englobándolo todo, su lucha existencial.

El amor siempre marcó a Concha: "recuerdo que durante muchos años una de las mayores torturas era la carencia de

[18] "Celebro el desprendimiento más que todo amor... Lo que el amor tiene de mejor, es que me fuerza a amar a Dios, mientras que el desprendimiento fuerza a Dios a amarme... el amor me fuerza a sufrir todas las cosas por Dios, mientras que el desprendimiento me lleva a ser accesible sólo a Dios... el desprendimiento está tan próximo a la nada que no puede haber cosa alguna entre el desprendimiento perfecto y la nada." Meister Eckhart, *Los Tratados*, trad. Carlos E. Saltzmann, Buenos Aires, Ediciones del Peregrino, 1982, pp. 171-172.

[19] Cf. Evans-Wentz, *El gran yogui Milarepa del Tíbet*, trad. Héctor V. Morel, Buenos Aires, Ed. Kier, 1977, p. 41.

[20] Cf. Philip Rawson, *Tantra. The Indian Cult of Ecstasy*, Singapur, Thames and Hudson Press, 1979.

amor, aun el más bajo de los amores humanos..."[21] Consideró que se excluían mutuamente el amor a Dios y el amor a un humano, y esto le creó un sinnúmero de mortificaciones y dudas: "Dios sabe qué criatura va a pasar mañana delante de mí por la calle, que despierte los antiguos impulsos; qué hora de desesperanza va a impulsarme a buscar el descanso de unas horas lejos de Él... De esto tengo miedo."[22] Pasaba de la certeza de que su amor a Dios había terminado con todo cariño terrenal: "¡qué fácilmente se olvidan los amores humanos!",[23] al descubrimiento de amar terrenalmente: "mi corazón está preso, mi entendimiento fijo en una criatura; en mis momentos de adoración pienso en él aunque no quiera; y pensando en él, quiera o no, el corazón se llena de nostalgia, de alegría y de ternura".[24] Este tipo de contradicciones, por supuesto, no sucedían en un día sino a lo largo de meses, lo cual da una idea de periodos en que su búsqueda daba giros entre aceptaciones y rechazos de entrega total que terminaban deshaciéndola hasta el desasosiego.

Concha no hacía caso omiso de sus "marejadas de sombra" (como llamó a sus crisis):

> Sufro porque vivo en una contradicción perpetua. La vida entera es guerra del cuerpo contra el cuerpo, del alma contra el alma [...] no sé qué tengo ni qué quiero [...] y con no desear nada, lo que me tortura no es sino un deseo más grande que todos los otros y que los absorbe todos..., pero éste es un huésped desconocido...[25] / mi corazón está frío, mis nervios exasperados y paralizadas todas mis energías... tengo que debatirme en una angustia incesante; de aquí la terrible exasperación de los nervios, el terror del futuro, y tantas cosas que están haciendo mi vida intolerable.[26]

Las búsquedas de Concha Urquiza fueron sinceras. La vitalidad de sus deseos la hizo vivir en un vaivén de extremo a extremo. De la tranquilidad a la inquietud, del gozo al sufrimiento, del cuerpo al espíritu... Cada lucha la aniquilaba:

21 Concha Urquiza, *op. cit.*, p. 238.
22 *Vid. supra*, p. 278.
23 *Vid. supra*, p. 206 (25 julio 1937).
24 *Vid. supra*, p. 372 (20 enero 1939).
25 *Vid. supra*, p. 288 (2 feb. 1939).
26 *Vid. supra*, p. 284 (7 nov. 1938).

> Si se puede imaginar la desolación y la desesperanza de un hombre que camina a través de un desierto sin límite, o del náufrago que se sienta en la playa a ver el mar inmenso y el horizonte desnudo, día tras día, tal vez se pudiera dar la idea de mi cansancio.[27]

En sus "marejadas de sombra", Concha deseó la muerte para dejar de sufrir o para escapar de sus contradicciones: "Yo sólo he querido morir para descansar un poquito..." (8 dic. 1938) / "Si Dios tuviera piedad de mí, me enviaría la muerte, antes de que me envilezca más..." (5 enero 1939). Esto ha creado la sospecha de que ella decidió matarse abrazada por la vastedad del Océano Pacífico (también dicen que estaba enamorada del mar); sin embargo, el suicidio no es más que una hipótesis, no hay datos que lo comprueben. Quienes la trataron de cerca aseguran que se ahogó por accidente, pero esta versión puede estar determinada por la condena al suicidio en la fe católica; y también resulta una aseveración especulativa, puesto que no hubo testigos presenciales ("alguien dijo que había oído unos gritos"). Se podría, incluso, aventurar alguna otra versión sobre la muerte de Concha Urquiza, pero ahora es un asunto irrelevante.

Los últimos meses de su vida, según dice Gabriel Méndez Plancarte, estuvieron turbados por la depresión. Y en sus dos últimos sonetos aparece lo sombrío desde el título; "Nox" ("Noche"). En esta poesía sufre la sensación de haber perdido a su Amado:

> ¿Cómo perdí, en estériles acasos,
> aquella imagen cálida y madura
> que me dio de sí misma la natura
> implicada en Tu voz y en Tus abrazos?
> Ni siquiera el susurro de Tus pasos,
> ya nada dentro el corazón perdura...

La vida de Concha Urquiza fue tormentosa por intensa. Tal vez sea ley que a algunos artistas la intensidad les apresura el tiempo, y tienen que morir jóvenes bajo cualquier circunstancia. A los 35 años logró una obra extensa y madura que muy

[27] *Vid. supra*, p. 365 (9 enero 1939).

pocos poetas alcanzan a esa edad. Ella se calcinó en el fuego de sus contradicciones. Puede ser que nunca la consideren santa pero su sensibilidad, sus visiones, la belleza del lenguaje e imágenes en su poesía, la consagran como una excelente poeta mística.

J.V.A.

POEMAS

Busca, pues, la metáfora inviolada,
abre nuevo camino al pensamiento,
tremola el ritmo con divino acento
y déjame dormir: a mí me agrada
la serena canción que dice el viento...

Concha Urquiza

H. AYUNTAMIENTO DE SAN LUIS POTOSÍ
BIBLIOTECA PÚBLICA MUNICIPAL
NEREO ARMANDO RODRIGUEZ BARRAGÁN
CLAVE 24BB00340

I

COMO ALONSO QUIJANO...

Como Alonso Quijano buscando la Dulcinea
por ásperas moradas, bajo la noche aciaga,
el pensamiento oscila de forma en forma vaga,
y el corazón en líricos quebrantos se recrea.

Más triste y desolada que el pobre caballero,[1]
bien sé que no sustenta palacios el Toboso,
y aun sigo las pisadas del viento presuroso
y escucho las palabras del bárbaro escudero.

En el encantamiento de moza y hacanea
el pensamiento mira lo que el sentido ignora
y el corazón adora lo que el sentido crea.

Y así en confuso giro, sin tregua, hora tras hora,[2]
de corazón a mente, de reina a labradora,
ante el concilio triple suspira Dulcinea.

1937

*Esta numeración remite al apéndice, donde se registran las variantes de versos.

II

MARINERO DEL CLARO ROMANCE...

Quién hubiera tal ventura
sobre las aguas del mar
como la hubo el Conde Arnaldos
la mañana de San Juan...

Marinero del claro romance,
que mandabas las aguas del mar,
y hacías amainar a los vientos
y las aves "nel mástil posar",
¡quién hubiera tan larga ventura
que supiera tu huella encontrar!

En el sordo rumor de las aguas
he escuchado tu canto correr;
en las ágiles nubes marinas
he mirado tus velas crecer;
¡y brotaba de todo mi cuerpo
una ardiente fatiga de ser!

De tu nave en el fondo ligera,
suspendida en zafir y zafir,
¡cómo anhela, por siglos obscuros,
la cansada materia dormir,
escuchando tu canto süave
en el aire las alas abrir!

Quién pudiera abordar tu galera
—arrojando tras sí el corazón—,

y ceñidos los ojos en sombra
y desnudo de toda pasión,
desde el sueño de frondas inertes
escuchar, escuchar tu canción!

1937

III

AL YOGLAR DE NUESTRA SEÑORA

A la manera de Berceo

O maestro cabdoso, Gonzalo de Berceo,
io en la divina prosa de tus miraclos creo,
io sirvo a la Gloriossa qual era tu desseo,
le dizio de cutiano "Virgo parist a Deo".

Por este buen servicio quel fago cada día,
valme tu, so clavero, con la Virgo María,
pidel por mí tres cosas, ca non es osadía,
quel feciste fermoso mester de clerecía:

Que en todas las coitanzas del lazrado camino
trove aviertos los brazos del su Fijo divino,
e que nunca fallescan al pobre peregrino
un muesco de conducho, "un vaso de bon vino";

Que la Sancta Reína, "Madre del pan de trigo",
tire de mí su sanna, faga de mí su amigo,
e cab su duz Fijuelo me dé soveio abrigo
donde pueda laudalles para siempre contigo.

Amén.

1937 (?)

SONETOS BÍBLICOS

I

JOB

Y vino y puso cerco a mi morada y abrió
por medio della gran carrera.

Fray Luis de León
Trad. del *Libro de Job.*

Él fue quien vino en soledad callada,
y moviendo sus huestes al acecho
puso lazo a mis pies, fuego a mi techo
y cerco a mi ciudad amurallada.

Como lluvia en el monte desatada
sus saetas bajaron a mi pecho;
Él mató los amores en mi lecho
y cubrió de tinieblas mi morada.

Trocó la blanda risa en triste duelo,
convirtió los deleites en despojos,
ensordeció mi voz, ligó mi vuelo,

hirió la tierra, la ciñó de abrojos,
y no dejó encendida bajo el cielo
más que la obscura lumbre de sus ojos.

19 de julio, 1937

II

SULAMITA[1]

Pues ya si en el exido
de hoy más no fuere vista ni hallada,
diréis que me he perdido,
que andando enamorada...

San Juan de la Cruz
Cántico espiritual

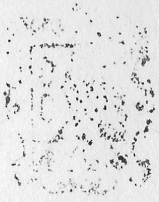
Atraída al olor de tus aromas
y embriagada del vino de tus pechos,
olvidé mi ganado en los barbechos
y perdí mi canción entre las pomas.

Como buscan volando las palomas
las corrientes mecidas en sus lechos,
por el monte de cíngulos estrechos
buscaré los parajes donde asomas.

Ya por toda la tierra iré perdida,
dejando la canción abandonada,
sin guarda la manada desvalida,

desque olvidé mi amor y mi morada,
al olor de tus huertos atraída,
del vino de tus pechos embriagada.

23 de junio, 1937



III

RUTH

Ego dormio el cor meum vigilat.
Cant., V, 2

La quieta soledad, el lecho oscuro[2]
de inmortales tinieblas coronado,
el silencio en la noche derramado,
y el cerco de la paz, ardiente y puro.

Ruth detiene el aliento mal seguro,
descubre el rostro de dolor turbado,
y por largos anhelos agitado
con dura mano oprime el seno duro.

Duerme Booz en tanto; su sentido,
en misterioso sueño sumergido,
la presencia tenaz de Ruth ignora.

Mas su despierto corazón medita...
y la noche fugaz se precipita
hacia los claros lechos de la aurora.[3]

1937

Biblioteca Pública Municipal No. 29
PROFESOR
R. PEREO AMBROSIO RODRIGUEZ BARRAGAN

IV

DAVID

¡Oh Betsabé, simbólica y vehemente!
Con doble sed mi corazón heriste
cuando la llama de tu cuerpo hiciste
duplicarse en la onda transparente.

Cerca el terrado y el marido ausente,
¿quién a la dicha de tu amor resiste?
No en vano fue la imagen que me diste
acicate a los flancos y a la mente.

¡Ay de mí, Betsabé, tu brazo tierno,
traspasado de luz como las ondas,
ligó mis carnes a dolor eterno!

¡Qué horrenda sangre salpicó mis frondas!
¡En qué negrura y qué pavor de infierno
se ahogó la luz de tus pupilas blondas!

25 de agosto, 1944

V

JEZABEL

Palidez consumada en el deseo,
suma de carne transparente y fina,
ya sellada, en profética rutina,
para el soldado y para el can hebreo.

¡Oh desahuciada fiebre, oh devaneo
que oscila como péndulo en rüina,
de un viñedo que el sol mimba y fulmina
a cruenta gloria y militar trofeo!

Horror de pausa y de silencio, acaso
para no conocer turbias carreras
del corazón, hacia el fatal ocaso,

ni sentir que en sus válvulas arteras
se endulza ya la sangre paso a paso
para halagar las fauces de las fieras.

24 de agosto, 1944

VARIACIONES SOBRE EL EVANGELIO

Marcos, V, 1, 20
Lucas, VIII, 27, 39

VARIACIONES SOBRE EL EVANGELIO

I

CHRISTUS

Después de la tormenta
a sonreír tornaron mar y cielo;
la brisa soñolienta,
con leve y lento vuelo
empuja dulcemente el barquichuelo.

Los ojos peregrinos
—luz en ondas concéntricas de oro—
tras los párpados finos,
al espantado coro
y al día devolvieron su tesoro.

La nube blanca y leve,
de la borrasca tímida rüina,
duplica el rostro breve
por cielo y mar, y mina
el anchuroso espacio do camina.

Prosigue y se desliza
la barquilla feliz, mojando apena
las alas en la brisa,
de tierra gerasena
ambicionando la templada arena.

Los remos van llevando
compás al silencioso pensamiento,
y con azote blando,
del sol en movimiento
las astillas dispersan en el viento.

Espumas impolutas
acarician el mar adormecido...
Por las movibles rutas,
el ánimo ha perdido
todo afán, de Sus ojos suspendido.

II

EL GERASENO

¡Oh Dios, geraseno,
oh cómo tu historia parece la mía!
Los ojos siniestros y el rostro moreno.

El viento plañía.
El viento plañía en largo crescendo,
las tumbas rodando, las frondas batiendo,
en largos crescendos el viento plañía.

Los viejos sepulcros de piedra se abrieron
y fueron su lecho;
la carne desnuda se hundió entre la sombra,
los miembros heridos y vivos crecieron
en húmeda podre; el viento gemía
en torno a las tumbas llevando un lamento,
y en el torbellino
iban desgarradas y heridas las carnes.
(¡Oh Dios, geraseno!
¡oh cómo tu historia parece la mía!)

De pálidas tumbas trotaba el portento:
rugidos furiosos rasgaron su boca
de hirvientes espumas,
los montes las duras pezuñas herían,
la noche se alzaba como en torbellinos
y ya en espirales la sombra crecía.

¡Cadenas!... ¿quién puede tener el espíritu
que arrastra los miembros heridos y vanos?
Cadenas las plantas, esposas las manos,
inútil el hierro caía.

Detrás de la frente desciende el abismo,
detrás del abismo, la muerte;
las uñas sangrientas sus carnes hirieron,
y en grito y espanto,
era una hoja seca llevada en la furia
de negra tormenta.
Herida la carne, sangrientas las uñas,
orlada de espuma la boca feroce,
vacíos los ojos, desnudos los miembros,
transido en la angustia del caos eterno,
pasa por las claras montañas,
dejando la estela de sus alaridos
y muerto el follaje.

Se ha abierto la luna:
sobre el Tiberíades la noche susurra...
El alba se ha abierto:
es rojo deleite de mar y de playa...
La tarde consume
los haces dorados del cielo...
Pero sólo el viento y el viento y el viento
que baja sangrando, que viene rugiendo,
que ronda las tumbas prestándoles voces,
que bate los troncos,
que gira y desgaja las sombras nocturnas,
el viento,
el viento que gime, que busca mi alma,
el viento que plañe con largo crescendo...

III

EL ENCUENTRO

Spiritus Dei ferebatur super aquas.
Gen., 1, 2

La playa vasta en los dorados ojos,
de clara luz bañada;
las aves marineras atraviesan,
colúmpianse las brisas derramadas;
cálido olor de brotes y de nidos
trasciende la montaña.
Ávida y lentamente va la tierra
por las pupilas áureas.

De súbito se crispa
y torna tenso el horizonte blando,
distendiendo los nervios azulosos
cual las cuerdas de un arco,
y un rayo de tinieblas impetuoso
vuela hacia el mar... En el paisaje claro
un salvaje terror frena la risa;
mas ya en lamento sostenido y largo,
aquel jirón de abismo
a un misterioso Abismo está increpando.

Las armoniosas nazarenas manos
elévanse a lo alto;
brama y recula el infernal misterio
ante intangible obstáculo,
y al encontrar los ojos luminosos,
miedo y dolor en angustioso espasmo

arrastran por la arena el triste cuerpo
aún de sangre y espumas mancillado.

El Espíritu es suave y poderoso:
sobre el haz del abismo se agiganta,
y con alas inmóviles y tersas
el ritmo informa las movibles aguas.
¡Oh síntesis del cosmos!, leve soplo
conspira con el trance de la nada.

Bajo los quietos ojos
treme y se agita la materia informe;
giran las nebulosas encendidas,
halla su centro el incipiente orbe,
la múltiple expresión busca el principio,
agrúpanse los átomos veloces,
se organizan las fuerzas derramadas,
se complican las notas en acordes;
al golpe de la luz fluye la vida,
al flujo de la savia estalla el brote,
y en unidad simplísima se traban
fibras y nervios, pensamiento y polen.

☆

Por campos y llanuras,
agua que fuera bramador torrente
al encuentro del trigo generoso
en duro cauce corre, sacudiendo
la liviana desceñida veste.

Allá abajo en el seno de la tierra
está aprendiendo a sonreír la muerte.
Los campos se han poblado de corolas,
mientras el aire estremecido y leve
el grito de los pájaros derrama
y la áurea crin de las espigas mece.

IV

EL APÓSTOL

Hondo surco de huellas ha dejado;
cruzó por la Decápolis ardiente,
joven la voz, y el paso fatigado.

Vivo recuerdo le signó la frente
y le aforró de músculos y plumas
el impetuoso vuelo de su mente.

Rumbo a la mar, de líricas espumas,
ha navegado su mirada blonda
por cima de las olas y las brumas.

Ya de la noche por la extraña honda,
buscando el paso del ausente amigo,
siguió del astro la celeste ronda.

Largamente también, yació consigo,
y en el proceso abierto a su deseo
su propio corazón le fue testigo.

Fuele dado el deleite y el recreo
en altísimas tierras, do levanta
oscuras las antorchas Himeneo.

Y retornando, con dolida planta,
se halló de pronto el corazón henchido
y un torrente de voz en la garganta.

(Tal, de próvidas lluvias bastecido,
el río generoso desemboca
en los campos el agua que ha bebido).

Y... el reino de Dios vino a su boca.

Marzo de 1942

SONETOS DE LOS CANTARES

LA CANCIÓN DE SULAMITA

Indica mihi, quem diligit anima mea, ubi pascas, ubi cubes in meridie, ne vagare incipiam post greges sodalium tuorum.

Cant. 1, 6

Hazme saber, Amor, dónde apacientas,
dó guías tus rebaños, dónde vagas,
no huelle tras las ínsulas aciagas
las rutas de la tarde cenicientas.

Tu grey, oh tierno Amor, dó la sustentas
y con pastos riquísimos halagas,
mientras mi torpe corazón amagas
con sendas largas, y con horas lentas.

No principie a seguir de los pastores
los dispersos rebaños. Vida mía;
muestra, lejos, el sol de tus amores;

¡dime dónde apacientas todavía!,
y seguiré tu rastro entre las flores[1]
por los fuegos del áureo mediodía.

11 de junio, 1937

Oh cristalina fuente,
si en esos tus semblantes plateados
copiases de repente
los ojos deseados
que tengo en las entrañas dibujados.

San Juan de la Cruz

Ya corre el corazón por este suelo
como antes del remanso el agua impura:
aún lleva tierras en la entraña obscura
y pretende copiar la faz del cielo.

Van creciendo el dolor y el anhelo,
la corriente se turba y se apresura,
y es fuente el sedimento de amargura
más que las alas con que intenta el vuelo.

Si tendieras la mano solamente
y el agua temblorosa se aquietara,
ya, contemplando el cielo largamente,

¡oh Deseado!, el corazón dejara
flotar sobre su sueno transparente
la divina belleza de tu cara.

15 de junio, 1937

Acaba de entregarte ya de vero.

San Juan de la Cruz

Aunque tu nombre es tierno como un beso
y trasciende como óleo derramado,
y tu recuerdo es dulce y deseado,
rica fiesta al sentido y embeleso;

Y es gloria y luz, Amor, llevarlo impreso
como un sello en el alma dibujado,
no basta al corazón enamorado
para alcanzar la vida todo eso.

Ya sólo, Amor, perdido en tus abrazos,
cabe tu pecho detendrá su empeño:
no aflojará las redes y los lazos,

verá la paz ni gozará del sueño,
hasta que tenga paz entre tus brazos
y duerma en el regazo de su Dueño.

6 de julio, 1937

Adiuro vos, filiae Jerusalem...
Cant. v, 8 ss.

Hijas de la ciudad, que vais ceñida
la carne con alburas celestiales,
los pechos con ardores estivales,
los rostros con el rayo de la vida:

Decidle que de amor estoy herida
si llegáis a posar en sus umbrales,
donde cuelgan las águilas caudales
y dormita la cierva perseguida.

Y le conoceréis en que es hermoso
sobre todos los hijos de los hombres,
señalado entre miles, deleitoso:

vino y ungüento y mirra son sus nombres,
toque de guerra y lecho de reposo;
y lleva por banderas y renombres
cinco manchas su túnica de Esposo...

1938 (?)

Expoliavi me tunica mea...

Cant., V, 3 ss.

Yo, para no vestir mi vestidura,
no quise abrirte cuando Tú llamabas,
aunque con tiernos nombres me invocabas
desde la entraña de la noche pura.

Tú, asido de la negra cerradura,
las entrañas dormidas despertabas,
y mirra por la puerta destilabas
como un vaso colmado de amargura.

Llagado el cuerpo, despojado el manto,
en vano rondo la ciudad doliente
manchada de tu sangre y de mi llanto;

lumbre de antorchas y gemido ardiente,
el silencio llamándote quebranto,
hiero las sombras, y te miro ausente.

1938 (?)

Pastor enamorado cuyos brazos
manchó de sangre la ovejuela herida,
cuya flauta en cantares encendida
la llamó por zarzales y erïazos;

que persiguiendo misteriosos trazos
descendiste a su lóbrega guarida,
y al secreto lugar de tu manida
la condujiste en apretados lazos;

que con beso de paz la retuviste
y en dulce soledad la alimentaste
y con cíngulo estrecho la ceñiste:

no devuelvas el robo que robaste;
guarda el amor que con amor venciste
y el corazón que con dolor ganaste.

7 de abril, 1939

Aunque tan sierva de tu amor me siento
que hasta la muerte anhelo confesarte,
bien sé que como Pedro he de negarte
no tres veces, Señor, tres veces ciento.

No quiero fiarme de mi sentimiento
ni eterna fe sobre mi fe jurarte,
¡si me sé tan capaz de traicionarte
que en mi propia traición vivo y aliento!

Mas, pues esclavo del amor rendido,
bajas a veces a mi entraña impura,
tú mismo por mi boca te confiesa,

Señor, y cuando mires que te olvido
ten piedad de tu mísera criatura
en quien es la traición naturaleza.

El Potosí, 8 de junio, 1939

Cuando el herido cuerpo desfallece
y la angustia en las venas se derrama,
el alma enciende su divina llama,
y a tu sagrada voluntad se ofrece.[2]

El dolor la despierta y la enardece,
prende la sed. La voluntad inflama,
y más parece entonces que te ama
cuando más su miseria se parece.

Si al precio del dolor tengo de amarte,
descarga en mí tu saña victoriosa
y hiere el corazón con mano fuerte,

que no hay más que un dolor: el de olvidarte;
y todo lo demás, es leve cosa;
es leve cosa, aunque nos dé la muerte.

24 de junio, 1939

... oculis errantibus alto
quaesivit coelo lucem ingemuitque reperta.

Virg., Aen., L. IV, vv 691. 2

Cándida fui, mi Dios, aquella hora,
del sabor de tu cáliz ignorante,
cuando vagué llamándote anhelante
por la incierta frontera de la aurora.

Harto adiestrado el corazón ahora,
tener quisiera el paso vacilante,[3]
y como Dido, con mirada errante
busca la luz, y al encontrarla, llora.

Mas, ¡oh dulce dolor!, ¡oh llanto amable!,
¡oh congoja de carne miserable
por donde rompe el alma hacia la altura!

Ya voy sabiendo amaros como míos,
ya quiero que embistáis con nuevos bríos,
ya tenéis el color de Su hermosura.

2 de noviembre, 1940

SONETO EN DOS RIMAS

Fuísteme ya, como granero henchido,
larga promesa y posesión segura;
y reposé al sabor de tu dulzura
como el ave rapaz que prueba el nido.

Cabe rumor de mar embravecido
la playa supe silenciosa y pura,
y en el estío rojo, prematura[4]
tuvo sazón la savia del olvido.

A sol y brisa y viento he concebido
el rayo creador de tu hermosura;
nada deseo, Amor, si ya no ha sido[5]

guiño de astros en la noche oscura,
o el deleitoso canto desceñido
en que la joven rima se madura.

17 de diciembre, 194

LIRAS

LOORES POR CRISTO

A María

De gracia y de belleza
el Criador te visitó, dulce Señora;
mas no diré tu alteza
ni cantaré yo agora
el rostro que compite con la aurora.

Sino que lastimado
de aquel Amor que está de amores lleno,
del solo deseado,
del único bueno,
la huella buscaré dentro en tu seno.

Que así al Amor contienes
como la copa al generoso vino,
y así en ti le mantienes,
que tu ser peregrino
es alta fuente de su ser divino.

De ti la espiga crece
que a dulce fuego el corazón provoca,
y el ánima enardece,
y deja si la toca
sabor de eternidad en nuestra boca.

De ti la vid más pura,
que en la entraña del hombre derramada
la abrasa y transfigura
y tiénela embriagada,
en celestial deseo arrebatada.

De ti el ilustre olivo,
el claro aceite que ilumina al mundo,
el fuego de amor vivo,
el incendio profundo
que trueca en oro nuestro barro inmundo.

En fin, pues fue el Amado
en tu seno radiante concebido,
bien será comparado
a aquel huerto escondido
de donde todo bien nos ha nacido.

Ay, ¿qué mortal criatura
fue tan llena de amor como tú fuiste?
¿Quién se hartó de tu hartura,
si sola poseíste
al Deseo de todo cuanto existe?

Cuando el Amor velaba,
sombra más clara que la luz te hacía,
y a Sí mismo engendraba,
y el cielo conocía
que en tus entrañas apuntaba el día.

Mas no en desmayo ardiente
hirió tu pecho de gemidos lleno,
antes suavemente
a su toque sereno
lumbre de paz se derramó en tu seno.

Humillabas el blando
cuello, a la voz del ángel mensajero,
y estábaste escuchando
cuál se iba dilatando
por tus pechos la leche del Cordero.

Mas entrándote luego
en tu ser interior, con Él hablabas,
y el deleitoso fuego

con que le regalabas
del mismo Amor para el Amor tomabas.

Oh bienaventurada!
por fuerza aquí la lengua desfallece
sin acertar en nada:
pues ¿quién así te viese,
que no por siervo tuyo se confiese?

San Luis, 3 de junio, 1939

CRISTO EN LA CRUZ

Como el mendigo hambriento
que en la puerta del rico se detiene
y en el áureo aposento
los ojos entretiene,
y de la ajena dicha los mantiene;

que mira en la opulenta
mesa, y entre el candor del terso lino,
los manjares sin cuenta,
el colorado vino,
la hinchada fuente, el pece peregrino;

está en sí comparando
con la propia miseria aquella hartura,
y luego se acercando,
con triste voz procura
un bocado de pan a su hambre dura;

así yo, miserable,
me llego a mi Señor crucificado,
de gloria no mudable
entonces rodeado,
en su cruz, como en trono, levantado.

Amancillado y muerto,
despojo de los hombres afrentoso,
desnudo, flaco, yerto,
el gesto doloroso,
en un leño su lecho y su reposo.

Así quiero mirarle,
que allí en su oculta gloria me recreo,

y tengo de desearle
más, cuando así lo veo
rico en todos los bienes que deseo.

No mi codicia tienta
cuando guía en el cielo el carro alado,
ni cuando en luz se asienta
moviendo al son sagrado
el giro de los mundos concertado;

ni cuando el rayo ardiente
despeña con furor de la alta cumbre,
y en la lluvia hirviente
mezclando agua y lumbre,
castiga la espantada muchedumbre;

cuando de paz ceñido
en el seno del Padre se dilata
y acaricia su oído
la cítara de plata
que las manos angélicas desata.

Más quiero aquella gloria
del madero afrentoso, del desecho
del mundo, de la escoria,
del desgarrado pecho,
del rostro en golpes y en furor deshecho;

más quiero al inocente
Cordero, en sangre y en sudor bañado,
maldito de la gente,
de Dios abandonado,
de saliva y de polvo mancillado.

Oh Fruto deleitable
madurado en la llama de la muerte!
Oh trono deseable
en donde el rey más fuerte
luz por el pecho generoso vierte!

Quién como tú se viera,
oh Víctima de amor, en cruz clavado!
Quién como tú perdiera,
quién fuera, oh Deseado,
sobre tu misma cruz crucificado!

Tú rico y poderoso,
así de oprobio y de dolor cubierto;
y yo, menesteroso
con tanto bien incierto,
vivo al placer, y al sacrificio muerto.

Yo abrazado del mundo,
presa del bajo amor de la criatura,
el pecho al cieno inmundo,
teniendo por ventura
beber incierto halago, en cárcel dura;

el ocio, el tiempo vano,
la holgura del placer, el dulce amigo,
el trabajo liviano,
el regalado abrigo,
la sangre de la vid, la flor del trigo.

Ay, el rostro divino
torna a mi pobre, mísera riqueza.
Y muéstrame el camino
de tu excelsa pobreza,
la cumbre de tu altísima bajeza!

Rasga, mi Dios, la fuente
del divino dolor, de tu costado,
que moje el labio ardiente,
el pecho mancillado
sea de tus heridas traspasado.

Que sólo así, de vero
sabré que soy el hijo que regresa,
cuando como a heredero
me sientes a tu mesa
y me des de tu cáliz de tristeza.

22 de junio, 1939

DICHA

Mi corazón olvida
y asido de tus pechos se adormece:
eso que fue la vida
se anubla y obscurece
y en un vago horizonte desparece.

De estar tan descuidada
del mal de ayer y de la simple pena,
pienso que tu mirada
—llama pura y serena—
secó del llanto la escondida vena.

En su dicha perdido,
abandonado a tu dulzura ardiente,
de sí mismo en olvido,
el corazón se siente
una cosa feliz y transparente.

La angustia miserable
batió las alas y torció la senda;
¡oh paz incomparable!
un día deleitable
nos espera a la sombra de tu tienda.

La más cruel amargura
con que quieras herirme soberano,
se henchirá de dulzura
como vino temprano
apurado en el hueco de tu mano.

Hiere con saña fuerte
si sólo no desciñes este abrazo,
que aun la faz de la muerte
—con ser tan duro lazo—
pienso que ha de reír en tu regazo.

25 de octubre, 1940

¿CUÁNDO...?

Cuándo, Señor, oh, cuándo,
te entregarás por siempre a mi deseo?
¿No basta que me veo
a oscuras, suspirando,
tras de mi propia vida rastreando?

Como cierva ligera,
de agudo dardo en el costado herida,
gime sin ser oída
bramando en ansia fiera
tras la dulce, lejana madriguera.

Su grito se derrama
por los vibrantes ecos dilatado;
así cierto he clamado,
mi Dios, así te llama
el corazón preso en la antigua llama.

¿Qué encanto misterioso[1]
—si más que el propio cuerpo estás conmigo,
y en leve pan de trigo
y en sorbo deleitoso
mil veces te me diste por Esposo—;

qué misteriosa arte
de mis ávidas manos te desvía?
Como el rayo del día
tal huyes al tocarte,
y sólo puedo verte y desearte.

¿Por qué, si enamorado,
la ley esquivas del abrazo ardiente?
¿Por qué la dulce fuente
hurtas del bien deseado,
dejando labio y corazón burlado?

No pueda la pobreza
hacerte huir, ni la maldad nativa,
si cual de fuente viva
de sola tu belleza
mana toda virtud y fortaleza.

Y más siniestro lazo
desenlazaste de mi cuello un día
ni el cieno en que yacía
fue obstáculo a tu abrazo,
ni el miserable amor te fue embarazo.

San Luis, 14 de julio, 1941

ÉGLOGAS

CANCIONES EN EL BOSQUE

Variaciones de los Cantares

Yo cantaré mi amor contigo a solas
que escuchas en el viento sosegado
sobre los vastos campos de amapolas,

pasando por los montes y collado,
soplando en las corolas encendidas,
acariciando el brote malogrado;[1]

contigo en las veredas escondidas
donde vagan arroyos silenciosos
y están las azucenas florecidas;

contigo en los parajes nemorosos,
donde el cansado corazón se entrega
por los espesos cedros rumorosos[2]

y sombra de dolor el alma aniega;
por los ardientes valles dilatados[3]
que el sol calienta, que la lluvia riega,

donde suenan los vientos derramados;[4]
en caminos que suben desde el suelo,
rodeando los montes levantados,

hasta la faz clarísima del cielo;
contigo, Amor, entre las hojas de oro[5]
donde toda la luz detiene el vuelo.

Allí tendré mi canto, allí mi lloro,
allí podré contarte mi desvelo
donde todas las aves forman coro.[6]

☆

No más la soledad aborrecida
que el corazón henchía de amargura,
no más dolerse de la paz perdida,

no más el ruido de la turba impura;
ya no en las noches el gemido triste,
el falso amigo, la compaña obscura

El corazón do entero te vertiste
tu camino forzando entre despojos,
y el duro sello de tu amor pusiste,

¿qué puede ya buscar sino tus ojos?
¿qué desear, sino morir contigo
por los caminos de tu sangre rojos?

Si no en ti, ¿dónde gozará de abrigo?
¿ni en qué ricos manjares tendrá halagos
más que en la hartura de tu pan de trigo?

Él cruzará los ondeantes lagos,
y llevándote asido dulcemente
buscará el seno de los montes vagos:

allí estará contigo tiernamente;
allí sabrá decirte que te ama;
se abrazará de ti, como la fuente

por cuyo rostro el cielo se derrama,
se abraza de ese cielo transparente
sobre su asiento de flexible lama.

Volvámonos, Amor, y semejante
al cervato en los bosques esparcidos
sobre las altas cumbres, vaga errante[7]

(como vagan los pájaros perdidos,[8]
de sus tiernos hijuelos olvidados,
en tu vuelo suavísimo mecidos).

Huye, Amor, sobre montes y collados;[9]
yo esperaré tu paso, y entre tanto
buscaré los parajes más callados,

en soledad, para ensayar mi canto.
Y tendida en praderas deleitosas
donde brota el romero y amaranto,

veré los días de oro, las graciosas
tardes, donde ya brillan los luceros,
y el giro de las noches luminosas.[10]

Que vuele la canción por los oteros
y escuchen a la siesta los pastores
los gritos del deseo lastimeros;

y el Austro, desatado entre las flores,
recoja el canto claro y armonía
que responde a la voz de los amores.[11]

Yo desearé tus besos como el día
y diré que tus pechos son mejores
que el vino, dador nuestro de alegría.[12]

18 de junio, 1937

Indica nihi...ubi pascas.
Trahe me, post te curremus.

Manojillo de mirra entre mis pechos,
dime dónde apacienta tu rebaño
y buscaré tus términos estrechos.

No quieras, en tu pena y en mi daño,
que vague por los rústicos senderos
siguiendo el rastro del pastor extraño;

mientras allá en la paz de los oteros,
en torno de tu dulce caramillo
se agrupan silenciosos los corderos,

y moviendo su cáliz amarillo,
corona el jaramago tu cabeza
y perfuma tus plantas el tomillo.

Ya la niebla sutil se despereza,
y canturreando amores en el viento
un pájaro los valles atraviesa;

urge Faetón el tronco soñoliento
y vuelca un haz de rayos colorados
que incendian el divino firmamento.

Ya dejan el aprisco los ganados,
y en pos de la dehesa los pastores
van de amargas adelfas coronados.

En el vago perfume de las flores,
un inefable olor hiere el sentido
que parece el olor de tus amores;

y en las alas del viento desleído,
el grito de una flauta se rezaga
y evoca tu recuerdo del olvido.

Atráeme, Amor, y correré a tu zaga
hasta el huerto sellado y escondido

1939

ÉGLOGA EN TERCETOS

Al dulcísimo maestro fray Luis de León

En vano el verso delicado toca
en lo interior del alma, en vano suena,
en vano ciñe de fervor la boca;

en vano andando por la leve avena
el conmovido viento se recrea
con música süave y voz serena;

mientras huyendo de la luz febea
busca el ganado la arboleda obscura
y en las sombrosas márgenes sestea;

que no podrá la música más pura
llamar a tu Pastor de la alta cumbre
en donde gozan otros su hermosura.

Antes mil veces volcará su lumbre
el sol, moviendo con su clara rienda
de los días la vaga muchedumbre;

y antes mil veces que tu voz atienda,
espantada del brillo de la aurora
la negra noche plegará su tienda.

Mas ¿qué haces errando hora tras hora
por los húmidos valles, por la era,
por los pinares donde el viento mora?

Tu rústica zampoña, di ¿qué espera
cuando por las corrientes de los ríos
echa a volar su queja, lastimera?

Vendrán otoños, pasarán estíos,
y aún la vana queja irá sonando
por los espesos bosques y sombríos.

Más Él que estás en versos celebrando
no bajará por eso a la llanura
con rostro enamorado y pecho blando.

Ya la presencia de tu amor procura,
que amor de sólo amor se satisface,
y aqueste mal con sólo amor se cura.

¿Dónde tu amado sus rebaños pace?
¿Dónde con dulces músicas los mueve?
la siesta calurosa, ¿dónde yace?

Levántate en la noche, el paso atreve,
abandona el oscuro caserío,
ve tras la huella de su planta leve.

Corre por la majada, pasa el río,
vuela hacia el monte, sube la colina,
atrévete a la helada y el rocío.

Ensaya la vereda peregrina
por do huye la corza jovenzuela
y cuaja sus cristales la resina.

Rompe por los atajos, corre, vuela;
¿qué sabes si conoce tu llegada?
¿qué sabes si esperándote ya vela?

¿Qué sabes si en la noche sosegada,
estando ya tan cerca su manida,
conocerá tu voz y tu llamada?

Como escapa la cierva perseguida
que por tajados montes va ligera,
¡huye la ausencia de tu amor y vida!

Que tal vez, al volver una ladera,
verá sobre las quiebras de la roca
ondear su profusa cabellera,

y —alumbrado del beso de su boca—
el rostro entre millares escogido
que a deseo y a lágrimas provoca.

Esfuerza, pues, y busca a tu querido,
siguiendo su ganado por las sendas
que miran al otero florecido.

¡Esfuerza, corre, búscale, así aprendas
la ciencia del amor pura y sabrosa,
así del muro de su pecho prendas

y entres a la bodega silenciosa
y sepas el secreto de su vino
con que el alma se embriaga y se reposa!

Mas si quieres quedarte, y el camino
esquivas fatigoso, ya no esperes
que has de gustar de brote ni de trino,

ni pienses que en el círculo de Ceres
hallarás flor ni cortarás espiga
que coronen tu lecho de placeres.

La dulce noche te será enemiga:
adelfas crecerán bajo tu almohada
y poblarán tu sueño de fatiga.

Ni pienses en la siesta regalada
que te dará placer la clara fuente
ni la sombra en el suelo derramada,

ni las haces del sol resplandeciente,
ni los balidos del cabrito tierno
que gime por la ubre largamente.

Ni tu anhelo de amor, duro y eterno,
tendrá la sed ni templará la llama
en las gozosas fiestas del invierno,

cuando crujen al fuego tronco y rama,
y el dulce vino, por las noches crudas,
en torno de la hoguera se derrama.

Mas tú las noches hallarás desnudas,
y las flautas de mozos y pastores
para sólo tu oído serán mudas.

Tú vagarás sitiada de dolores,
y todo al alma te será tedioso
ausente el sólo bien de tus amores,
tu música, tu viña, tu reposo.

San Luis Potosí, 11 de junio, 1939

ÉGLOGA DEL PASTOR NOCTURNO

¿Quién te ha herido en la divina noche?
Odisea, Canto IX

I

LA CAMPIÑA

De entre la yerba, donde en blando sueño
rindió a la tierra el cuerpo,
donde el ánima enferma encontró olvido
y el corazón la sombra de un recuerdo,
la criatura de arcilla se levanta,
como la hora primera,
y torna a sonreír mirando el alba
que por los cielos aterida llega.

Sobre su frente, en planos ilusorios,
el aire se sustenta,
traspasado de luz, rico en latidos,
las brisas altas y las alas tensas.
Bajo su cuerpo por la noche vasta
se afanaron los brotes de la tierra,
y ahora vanla cercando
con muchas brocas de sonrisas tiernas.

Por los montes heridos de rocío
se pierden las gacelas,
y todos los caminos se prolongan
al rodar de la luz sobre las piedras.

Suena la voz del agua
que en escondidos ecos se recrea;
gritos de madrugada
un pájaro en el pico al nido lleva.

Sobre agua y monte y valle
la desnudez del cielo se despeña;
el horizonte joven
pueblan las nubes de rizadas velas;
por el húmedo césped se desata[13]
la brisa mañanera;
y haciéndose llevar de soplo en soplo
mece sus tallos la silvestre avena.

II

EL PASTOR

De la inocente página del día
replegándose torna el pensamiento
y se hunde en las entrañas de la noche
donde se engendra el sueño.

Allí, fantasma vivo, vaga en torno
de un divino secreto;
y huella las pisadas de las sombras
y escudriña en los labios del silencio.
Allí a los pechos de la noche antiguos,
y en su profundo seno,
arrima acaso la ardorosa boca
mojada de las aguas del Leteo;
y cual hambriento niño
la dulce leche del pezón materno,
él estruja las fibras de la vida
y bebe a tragos el misterio eterno.

Las regiones del sueño se prolongan[14]
tras los párpados tensos;
vaga por sus fronteras
el imperioso corazón sediento:
sobre sus propias huellas
así también el insepulto cuerpo
vaga, buscando el alma que ha perdido,
en las orillas del torrente negro.

Por el valle, intangibles, retroceden[15]
las aguas del recuerdo;
tienden el vuelo selvas y montañas
de multiforme aspecto;
una inquieta nostalgia enciende el paso,
un divino temor tiempla el deseo...
Los campos vaporosos
se arremolinan en obscuro viento.

III

LOS PASTORES

Qué buscas en el fondo de la noche
(¿la furia de qué dios te ha poseído?),
como en la siesta ardiente
busca el cervato el espumoso río?
¿Hirió tu frente desprendida flecha
del arquero divino?
Vagas sondeando con errantes ojos
los fúlgidos abismos
y no gozas los montes ni los valles,
ni escuchas la zampoña del estío,
que en las templadas tardes
mueve a danza los sátiros lascivos.

Ni el otoño maduro
—¡el Otoño ceñido de racimos!—

la risa prende en tus ausentes ojos,
ni persigues las cabras por los riscos.

Ven a gustar la brisa que nos llega
cargada del aliento de los pinos,
toma un sorbo de leche
puesta al fresco en las márgenes del río,
y desata los ecos de los bosques
con la voz de tu dulce caramillo:
ya verás cómo pasan esas cosas
y tornas del olvido,
de andar buscando en los siniestrso sueños
algún fantasma lívido!

IV

LAS PASTORAS

Dejadle estar: en vano hemos girado
frente a sus ojos tensos
anegados en luz, que como lagos
copian la faz del cielo.
Se olvida de nosotros y el rebaño
para mirar el horizonte inmenso,
y sentado a la puerta de su choza
balbuce sin acuerdo.

No parecen humanos esos ojos
que asoman de tan lejos,
esa faz que no llora ni sonríe,
que irradia dulce fuego;
ni menos esa boca que balbuce
de cosas entrevistas en secreto;
la flecha de algún dios le habrá tocado[16]
y no es ya de los nuestros!

Dejadle estar, nosotros y vosotros
subamos al otero,
y dancemos cogidos de la mano,
leves a par de viento.[17]
Aún queda luz entre las altas ramas,
¡dancemos!,
y al ritmo de su flauta perezosa
guardará los rebaños Melibeo.[18]

San Luis Potosí, 7 de junio, 1940

DAFNIS

Versión de la Égloga V de Virgilio

MENALCAS: Oh Mopso!, pues aquí nos encontramos
y ambos la flauta rústica tañemos,
bajo estos olmos, que sus grandes ramos
enlazan en la sombra, descansemos,
y en tanto que el ganado no guardamos,
la voz de nuestras flautas ensayemos.

MOPSO: Hágase así, Menalcas, como quieres,
pues el mayor y más discreto eres.
Detente bajo este árbol elevado
cuyas hojas un blando viento agita
y hace mover las sombras en el prado;
o mira aquella gruta, donde habita
un dios por los pastores adorado.
Allí la vid silvestre precipita
sus purpúreos racimos, y parece
que a brindarnos su sombra ya se ofrece.

MENALCAS: En nuestros campos, Mopso, ¿quién sería
capaz de desafiarte? Sólo Amintas...

MOPSO: Y al mismo Apolo desafiar podría!

MENALCAS: Canta las flechas en la sangre tintas,
di cómo Filis en amor ardía,
entona las canciones más distintas...
Títiro, en tanto tu canción ensayas,
las cabras guardará bajo las hayas.

MOPSO: No, prefiero cantar, si así te agrada,
la canción que grabé sobre un encino,
a la muerte de Dafnis dedicada.
Dime si Amintas, el cantor divino,
no sabrá una canción más delicada,
para hacer un certamen peregrino.
Esta canción de que antes te decía,
a un tiempo la cantaba y la escribía.

MENALCAS: Tú eres mejor que Amintas, como el fuego
es mejor que la sombra, y el galano
olivo superior al sauce ciego,
y el rosal más vistoso que el aciano
y más hermoso que el humilde espliego,
y rico más que el césped, el manzano
que dobla el peso de la dulce fruta...

MOPSO: No digas más: ya estamos en la gruta.

"Dafnis ha muerto, oh dioses! Ya las Ninfas
su muerte cruel lloraban; ya la madre,
asida de los pálidos despojos,
os llamaba crueles, imprecando
a los astros. Oh fuentes, oh avellanos!,
vosotros visteis el morir de Dafnis.

"En estos días luctuosos, no hay mancebo
que lleve a la pradera su ganado
para hacerlo pastar, oh Dafnis, cabe
las claras, frescas y alegres fuentes;
no rumiará la cabra en la llanura,
ni ya en los ríos beberá el rebaño.
Hasta los mismos leones de la selva
han llorado tu muerte, y en el bosque
resuena, renovándose, su llanto.

"Dafnis nos enseñó los fieros tigres
de Armenia, a someter al yugo amargo,
y a celebrar las fiestas de Dionysos,

y blandas hojas en flexible tirso
a entretejer, en las sagradas danzas.

"Dafnis: la viña al árbol embellece;
la embellecen a ella sus racimos;
el toro es esplendor de su rebaño;
la espiga, de las fértiles campiñas;
y tú, decoro y esplendor has sido
de todos los pastores, oh mancebo!

"Ya, desde que nos fuiste arrebatado,
Palas y Apolo huyeron de los campos;
en los fecundos surcos, que encerraban
nuestra esperanza, oh Dafnis!, hoy se mece
un obscuro dolor, y el tallo se alza
de la cizaña y de la avena estéril.
Ya no el narciso de purpúreas hojas,
no más suaves violetas, han nacido;
sólo el punzante espino, sólo el cardo.

"¡Dafnis ha muerto! Ha muerto, ha muerto
[Dafnis!

"Os pastores, cubrid el duro suelo
con el follaje, ensombreced las fuentes:
sea el último tributo a nuestro Dafnis.
Elevadle una tumba, y sobre ella
poned este epitafio: 'Yo soy Dafnis,
deleitoso habitante de los bosques,
desde los cuales vi volar mi fama
por lo alto de los cielos; yo soy Dafnis,
pastor de un hermosísimo rebaño,
y que el rebaño mismo más hermoso.'"

MENALCAS: Oh, como el sueño sobre el césped blando
es grato al caminante soñoliento,
como el agua que corre murmurando
es dulce a la garganta del sediento,
así, oh Mopso!, los cantos modulando,

es dulce y grato para mí tu acento.
Oh mancebo feliz!, eres tan diestro
en cantar, como Dafnis tu maestro.
Tú serás otro Dafnis. Entretanto,
levantando tu nombre por el cielo,
voy a decirte yo mi mejor canto.
Sí, hasta los astros puros alza el vuelo,
oh Dafnis!, pues aquí me amaste tanto.

MOPSO: Sírvanos tal recuerdo de consuelo;
y canta, que entre todos los pastores,
es Dafnis el más digno de loores.

MENALCAS: "Dafnis, bañado en luz el cuerpo bello,
contempla los palacios del Olimpo
con asombro y placer, alta morada
que ya lo es suya; Dafnis, a sus plantas,
astros y nubes y montañas mira.
Vivísima alegría invade el bosque,
las campiñas se llenan de alegría,
se alegra el viejo Pan con sus pastores,
y las Driadas se alegran en la selva.

"Los corderos no temen ya el acecho
del lobo, ni las redes cazadoras
teme el cervato y el ligero gamo.
Desea la paz a los pastores, Dafnis,
deidad amiga. Los espesos montes
al cielo lanzan voces de alegría;
sus gritos repercuten en las rocas,
ruedan por los breñales, y se esparcen
clamando: 'Dafnis es un dios, Menalcas!'

"Oh Dafnis!, sé propicio a los pastores,
sé el bienhechor de tus amigos, Dafnis!
Yo ofreceré en tu altar todos los años
dos copas, de la espuma coronadas
de la cándida leche, con dos ánforas
llenas del jugo untuoso de la oliva;

y más tarde, al calor de los hogares
en el invierno cano, o si estío
bajo la fresca sombra de los olmos,
verteré en nuestras copas largamente
el delicioso néctar del Arviso.
Nuestro amigo Dametas, o el cretense
Egón, harán sonar sus bellos cantos,
y las sutiles danzas de los sátiros
imitará el ligero Alfesibeo.

"Esos honores, Dafnis, estas fiestas
habremos de rendirte, ora en los días
consagrados al culto de las Ninfas,
ora cuando paseemos por los campos
la víctima a los dioses inmolada.
Mientras more en los bosques el jabato,
mientras vivan los peces en el agua,
las abejas se nutran de tomillo
y liben el rocío las cigarras,
tanto tiempo tu nombre y tus virtudes
vivirán con nosotros, y tu fama.
Los labradores, como Baco y Ceres,
te elevarán sus votos cada año,
y al escucharlos, Dafnis, haz que ellos
lo que te ofrecen, largamente cumplan."

MOPSO: Más tu verso admirable oír quisiera
que de Austro el tierno soplo, ni el rüido
de las olas que azotan la ribera,
ni la voz del arroyo desceñido
que cantando recorre la pradera
sobre su lecho de verdor mecido.
¿Qué premios, oh Menalcas, o qué dones
Mopso te ofrecerá por tus canciones?

MENALCAS: Toma esta flauta en que cantar solía
"¿Quién es el dueño, di, de aquel ganado?"
y también "Coridón de amor ardía..."

MOPSO: Tú, Menalcas, acepta este cayado
que Antígenes no ha mucho me pedía;
y mira si merece ser deseado
por el lazo que ahora le he prendido
y por estar de bronce guarnecido.

Morelia, 15 de agosto, 1911

ELOGIO DE ESQUILO

Fragmento de Dioscórides

Tespis forjó su drama bajo los sones rudos
en que formaron eco los sátiros desnudos
al ditirambo y al cantar;
de los agrestes juegos a los sagrados sones,
halló este dulce juego de finas vibraciones,
para los dioses celebrar.

Esquilo diole forma; mas no con canto terso
ni con labradas voces y artificioso verso
ornó la rápida canción:
su voz retumba y corre como el torrente agreste
que salta por la sierra ciñéndole la veste,
ritmo de angustia y de pasión.

Él muda a la tragedia la máscara burlesca
y hace que el hombre antiguo su sacrificio ofrezca
con un más largo meditar.
Tu rostro, oh Esquilo, tienen los dioses inmortales;
tus titánicos héroes se llaman tus iguales,
¡boca que manas el cantar!

Morelia, 1938

ROMANCES Y CANCIONES

ROMANCES Y CANCIONES

ROMANCE DEL JUGLARILLO SIMPLE

Péñola, péñola, péñola,
péñola de juglarillo,
que tiene una nota sola
para alegrar el camino!

—Una nota la cigarra,
y una nota tiene el grillo,
y ambos endulzan la noche
como una gota de vino.

—Juglar, busca sones nuevos
en las veredas del mar:
por donde gira la espuma
la luna girando va.

—No quiero luna que rueda
por las colinas del mar,
ni menos quiero a las olas
que bailan su buen bailar.

—Oye la flauta del viento
con el trémolo del sol:
por donde danza en las hojas
blancas y verdes las pon.

—No entiendo nada de soles
ni amigo del viento soy,
ni sé de más hojarasca
que la que pisando voy...

—Juglarillo, juglarillo,
mal nacido y peor criado,

qué mala leche te dieron,
sandío desventurado!

Qué, ¿no miras, miserable,
ni entiendes, dime, lazrado,
en la belleza divina
que están tus ojos rondando?

Torna esos ojos baldíos
y hártenlos yerbas del campo,
cielos que bajan al agua,
montes que van mano a mano;

lagos que quieren ser cumbres,
cumbres que quieren ser alas
y abanicándose están
con el vuelo de las águilas;

calientes hojas de oro,
valles de copla quebrada,
rosas que buscan el viento
para entregarle sus almas.

Los senderillos nerviosos
de tronco en tronco se enredan,
y como naves ferradas
cervatos cruzan la selva;

mojada en savia caliente
se estremece la arboleda,
y se deshojan las nubes
en lluvia fina y ligera;

en el divino silencio
su grito el pájaro lleva
—claros cimbales de plata
se rompen entre las piedras.

Si no te pagas del bosque,
vete a la orilla del mar;
si no curas de los mares,
al cielo torna la faz.

Verás la noche encendida
sobre las aguas posar,
y los luceros donceles
uno a uno y par a par.

Verás las naves ligeras
caminos del mar abrir,
surcos do siembra la luna
su blanca risa feliz;

el alba tiñe las aguas
—blanco y rosado jazmín—,
y brota del cielo joven
azul que quiere ser gris;

mas cuando ruedan las horas
al ocaso, del cenit,
verás agitarse senos
más verdes que el verde abril.

Y hay mocicas en el mundo
y hay en el mundo donceles
que son amor de las gentes
y saña de los claveles.

Enamórate del agua,
del viento y de las mujeres!

—Mujeres, cielo ni selva
mi dulce péñola quiere,
que yo un amor tengo sólo
y ella una sílaba tiene:
con este amor y este canto
queremos que nos entierren.

Péñola, péñola, péñola,
péñola de juglarillo,
que tiene una nota sola
para alegrar su camino!...

San Luis, 30 de mayo, 1939

ROMANCE DE LA LLUVIA

¡Ay, corazón quexoso, cosa desaguisada!
¿Por qué matas el cuerpo do tienes tu morada?

Libro de buen amor, 786

Corazón, bajo la lluvia
herido de amor te llevo;
te cerca el campo mojado,
la lluvia te dice versos,
el agua gime al caer
en tus abismos de fuego.
La roja tierra del monte
entreabre el húmedo seno;[1]
en el regazo del valle
ríen los pétalos tersos,
y hacen blanco en el río
las flechas de los luceros.

Bajo la lluvia liviana
herido de amor te llevo;
muchas aguas han llovido
sobre tu herida de fuego;
muchas noches te han cegado,
muchas albas te han envuelto,[2]
¡tengámonos a gustar[3]
el dulce llanto del cielo!

Corazón, corazón mío,[4]
descansa bajo mi pecho;
mira cómo se deshojan

las nubes de lento vuelo;
¡cierra la sangrienta boca
y dame un trago de sueño!

Descansa, viajero ardiente,[5]
descansa, ya llegaremos
—allá detrás de la lluvia—[6]
al claro "allá" de tu anhelo;
ya abrevarán en tu herida
aquellos labios sedientos,
ya templarán tus ardores[7]
aquellos ojos sin tiempo,
ya bajarás al abismo
deleitoso de su pecho,
y anudarás tus latidos
a sus latidos eternos...!

Corazón, bajo la lluvia
herido de amor te llevo:
por los labios de tu herida
silban rimando los vientos,
y el agua gime al caer
en tus abismos de fuego.

San Luis, 5 de junio, 1940

LA CANCIÓN INTRASCENDENTE

Tonadilla de viajero:
del corazón a la boca,
y de la boca, al sendero.

Siembra los rumbos del viento
y quién sabe
si vayas a hacer granero
en la garganta de un ave.

Por los valles y los montes
anda a probar tu fortuna:
los cabellos de los pinos
huelen a viento y a luna.

El río tiene su flauta
y la fuente sus espejos:
quédate y canta con ellos,
nosotros vamos más lejos.

Tu padre no quiere oírte
después de haberte engendrado:
no eres más que una canción
que el viento se habrá llevado.

Viajeros somos, viajeros
que andamos nuestro camino:
luna y monte, monte y luna,
manta y silbo, pan y vino.

Y como es recio el camino,
llevamos por equipaje:
en el pecho, el corazón,
y en la boca una canción
para el viaje.

13 de junio, 1940

ROMANCE DEL ROMERO

Catelli edunt de micis...

Descansando está el romero
en el umbral de la casa:
allí perdió su camino
—¡nunca jamás lo encontrara!—;
allí reposó los miembros
que la fatiga ligaba,
diéronle a comer del pan
y le trajeron del agua.

El umbral está en penumbra
donde el romero descansa,
tedio y andrajos el cuerpo,
miseria y sombras el alma.
Adentro la sala ardiente,
afuera la noche vaga,
y en la penumbra el romero
entre la sombra y la llama.

Agrietada y dolorida
la llanura se dilata,
un árbol de trecho en trecho
la copa al cielo levanta,
y mudos pájaros grises
buscan asilo en las ramas.
Tiene el silencio que llega
pisadas de humana planta.
La luz postrera discurre
veredillas esfumadas;

la luna en cuarto creciente
va trepando su montaña.

Olvidado está el romero
sobre el umbral de la casa,
tedio y andrajos el cuerpo,
andrajo y sombras el alma.
Adentro el vino bullente
pupilas y labios baña,
y el tierno pan de los hijos
se da sin prenda ni tasa.
Alternan silencios leves[8]
en trascendentes palabras,
a quienes presta sentido
la hondura de las miradas.
Cárdeno en la chimenea
el viejo pino se abrasa.
¡Dulce calor a los pechos,
dulce vino, risa blanda!

Y en el umbral el romero
entre la senda y la casa,
fatiga y dolor el cuerpo,
anhelo y amor el alma.

23 de julio, 1940

CANCIONES

Oh Cristo, fruto maduro
—pulpa dulce, zumos agrios—,
¡quién se durmiera en tus ojos
y amaneciera en tus labios!

Tus ojos, aguas de olvido,
floresta de abetos negros,
por donde vagan las almas
sin senda ni derrotero,
sin amor y sin congojas,
sin amor y sin recuerdos,
labios mudos por las altas
explanadas del silencio.
Aguas de olvido tus ojos,
cura de fiebre y deseo,
hornos en que se calcina
la podre de nuestro cuerpo.
Ojos que son como un monte
ceñido de abetos negros,
ojos que son como un monte
donde habemos de perdernos...

Tus labios, eterna aurora,
hondos graneros de trigo,
vides de cepa sangrienta
de tu corazón partido;
labios que te han entregado
para ser nuestro cautivo,
atado de pies y manos
dentro de un sorbo de vino.
Cuencos de leche tus labios

en donde el fuego divino
quiere sabernos a leche,
conociéndonos tan niños.
Labios que tienden la vida
sobre inefables abismos,
labios que son como un río
ausente de espuma y risco.

Aguas de olvido tus ojos,
corrientes de amor tus labios,
¡quién se durmiera en tus ojos
y amaneciera en tus labios!

8 de julio, 1940

LA CANCIÓN DE JUNIO

Junio, brazada de soles
por el campo florecido,
¿qué le dirás a mi alma
que quiera prestarte oído?
¿Qué le dirás a mi alma,
Junio, de verde vestido?

El amor de los donceles
se fue por el monte arriba;
el amor de las doncellas
siguiendo sus pasos iba;
ni un brote abierto dejaron,
ni una flor dejaron viva...
Pan ha callado el arrullo
de su flauta primitiva.

Junio, mojado de lluvia,
Junio, dorado de trigo,
rojo de tierra del monte,
rostro de sátiro amigo,
¿si creerás que como otrora
hoy me embriagaré contigo?

Casa de olvido me dieron
—muros altos, blancas tejas—;
mi Amado cercó la entrada
del vellón de sus ovejas;
la paz me besó en el rostro
tras los hierros de las rejas...
Por el bosque sosegado
Eros olvida sus quejas...

Junio, pintado de luna,
Junio, de ardores ceñido,
¿qué le dirás a mi alma
que quiera prestarte oído?
¿Qué le dirás a mi alma
Junio, de lluvia vestido?

13 de junio, 1940

CANCIONCILLAS

¿A quién contaré mis quejas,
mi lindo amor,
a quién contaré mis quejas
si a voz non?...

Canción popular del s. XV

Amor, corriente escondida
que pechos adentro va,
como un manantial que está
alimentando mi vida;
en turbias aguas perdida
abreva el alma dolor:
si no te la cuento, Amor,
¿a quién contaré mi herida?

Flauta y risa, pan y abrigo,
levanten gritos de guerra;
lágrimas brota la tierra
que amargan la vid y el trigo;
zumo de dardo enemigo
la dulce vida envenena:
¿cómo lloraré mi pena
si no la lloro contigo?

Negras alas han manchado
el claro cielo de estío;
se encrespa el seno del río
de recias olas turbado:

¿cómo pasaré este vado
si no en tus brazos, Amor?
¿Cómo beberé el dolor
si no lo bebo a tu lado?

10 de junio, 1940

CAMINOS

Oh dulce canto de viaje,
mi alegría y mi caudal,
más que en las velas el viento
y más que el surco en el mar!

Por los senderillos negros
nubes cargadas de afán,
por los senderillos rojos
alardes de tempestad,
por las llanuras inmensas,
soledad...,
pero una canción de viaje
me llena de oro el morral.

Cuán largo camino largo
desde esta noche a la aurora!
mas un cantarcillo alegre
los labios sedientos moja:
"¡Qué amor y qué amores tengo
allá en fronteras remotas!
¿qué camino será largo
siendo camino de bodas?"

La luna viaja de incógnito
tras las nubes borrascosas;
y galopa el duro viento
con el girón de su antorcha;
en la soledad vibrante
se adelgaza cada nota,
y siguiendo la carrera
de la senda voladora,

como una cinta de ónix
la noche se desenrolla.

Negro camino impaciente
cárcel que vuela hacia el mar;
hilillo de oro lo enfrena
la música de un cantar:
"¿Qué camino será triste
que a tus labios dulces va?"

Agosto, 1942

DEL AMOR DOLOROSO

COMO LA CIERVA...

—Como la cierva que brama en las corrientes de las aguas, mi alma tiene sed de Ti, Dios mío...

Salmo XLI, 2

Yo soy como la cierva que en las corrientes brama.
Sed y polvo de fuego su lengua paraliza,
y en salvaje carrera, con las astas en llama,
sobre la piedra el casco golpea y se desliza.

Corriente abajo, al borde de las aguas tranquilas,
donde perennemente fluye tu Rostro manso,
los que te aman beben con labios y pupilas,
saciando sed eterna sobre el hondo remanso.

Ciega de sol y angustia, preñada de agonía,
la bestia enloquecida galopa todavía
a par del espumoso rugido del torrente;

sólo a veces el viento, que tan de lejos vuela,
le dice la frescura de aquella fontezuela
donde tu Rostro manso fluye perennemente...

1937 (?)

LA LLAMADA NOCTURNA

Cant., VI.

En tanto duerme el cuerpo distraído
y vela el corazón enamorado,
una voz en la noche me ha llamado,
y un pie, cabe mi umbral, se ha detenido.
(Es la voz deleitosa de mi Amado,
donde mi alma y mi cuerpo se han perdido.)

Oíd cómo desata en tiernas quejas:
"¡Ábreme, amiga, hermana, dueño mío:
mi cabeza está llena de rocío,
del agua de la noche, mis guedejas.
Húmedo llevo el manto y tengo frío.
Ha tiempo espero, amor, bajo tus rejas!"

Así me llama por la noche en celo;
mas ya lavé mis pies, ¿y su blancura
pretenderé ensuciar hollando el suelo?
Ya desnudé la leve vestidura,
ya de la frente desprendí mi velo...
¡Dejad que llame entre la noche pura!
¡Dejad que llame por la noche en celo!

Morelia, 10 de julio, 1938

LA ORACIÓN DE TEMOR

El mundo ya una vez, Señor, hiciste
amargo al corazón y tenebroso;
una vez ya la podre descubriste
bajo el blanco y carmín esplendoroso.

Mas hoy mi entendimiento temeroso
a la propia evidencia se resiste;
y así le finge amor lo que es odioso,
y le finge placer lo que fue triste.

¡Ten piedad de esta bárbara ceguera!
Cuando mi corazón quiera olvidarte
fuerza mi voluntad a que te quiera;

Mas si aun la voluntad ha de dejarte,
encadena mis miembros de manera
que quiera yo, y no pueda, traicionarte.

Morelia, 13 de julio, 1938

A JESÚS, LLAMADO "EL CRISTO"

I

Tú que finges olvido y amas tanto,
que te finges esquivo y eres ruego,
que finges desamor y eres fuego,
finges indiferencia, y eres llanto!

Los ojos torna al doloroso planto
de este piélago obscuro en que navego,
y torna a mis riberas el sosiego
y a mi huerto sin pájaros el canto.

Mas si no quieres darme lo que ansío
—la dulzura inefable de tu beso:
luz en los ojos y en el alma estío—,

guárdate en paz, regalos y embeleso;
ocúltate en buena hora, Dueño mío...,
y más que nunca te amaré por eso.

II

Mal de las negras aguas de esta ría
pude temer las pérfidas quimeras
cuando por tan idílicas praderas
el arroyuelo de mi amor corría.

No medité que el tiempo se desvía
dejando atrás floridas primaveras,
y que las noches del invierno fieras
siguen al dulce resplandor del día.

Que fue proverbio ya de antiguos sabios
que la dicha del hombre es harto breve,
sujeta a todo género de agravios;

y el hombre mismo es onda, y sombra y nieve...
Pero mi nada floreció en tus labios
¡y aun a la gloria de tu amor se atreve!

III

Se abatieron fervores y osadías
como hojarasca que disipa el viento,
y se llevó mi juvenil aliento
la inquieta muchedumbre de los días.

Las liras de sagradas armonías,
los astros de azulado firmamento,
hoy son, en el ocaso ceniciento,
rumores vagos y lumbreras frías.

Queda un poco de fuego en mis hogares,
un mucho de dolor en mi memoria,
una quieta esperanza de otros lares,

una noche sin sueños y sin gloria...
¡y aun quiera Dios que sin traerme azares
venga la muerte a rubricar la historia!

Diciembre de 1918

IV

Entre el cobarde impulso de olvidarte
y el doloroso afán de poseerte,
el corazón vacila de tal suerte
que ya no sabe huirte ni buscarte.

Conozco que he nacido para amarte,
que dejarte de amar será mi muerte,
y más quiero perderme con perderte
que mi torpe placer sacrificarte.

Mas, ¿qué mucho, mi Dios, si me quisiste
de contrarios principios engendrada?
Cielo y tierra es el ser que tú me diste;

y cuando busca el cielo su morada
primera, y va a subir, se le resiste
la tierra, de la tierra enamorada.

San Luis Potosí, 14 de junio, 1939

V

—Diligis me plus his?

Quiero decir que te amo y no lo digo
aunque bien siento el corazón llagado,
porque para mi mal tengo probado
que soy tibio amador y flaco amigo.

No amarte más es culpa y es castigo,
que de ansias de tu amor me has abrasado,
y con sólo dejarme en mi pecado
extremas tu rigor para conmigo.

Sólo quiero vivir para buscarte,
sólo temo morir antes de hallarte,
sólo siento vivir cuando te llamo;

y, aunque vivo ardiendo en vivo fuego,
como la entera voluntad te niego
no me atrevo a decirte que te amo.

14 de julio, 1939

MONS DEI

Monte de Dios, monte cuajado
monte pingüe...

Salmo LXVII, 16

Dame el refugio silencioso y puro
de tus henchidos montes, las guaridas
del gamo y el cervato, y el seguro

refugio de las bestias perseguidas;
donde no baña el hombre de impureza
las ondas de los vientos esparcidas;

donde termina el suelo, el cielo empieza
y en derramadas fuentes y cristales
van copiando los cielos tu belleza.

Endereza mis pasos desiguales
por las veloces sendas, el camino
que contemplan tus ojos inmortales,

donde asoma tu rostro peregrino
por las hendidas peñas, y en el viento
resuena tu reclamo y son divino;

y en suave y cadencioso movimiento[1]
pasa el rumor de tu palabra alada
y la rica dulzura de tu acento;

do brilla el puro sol de tu mirada[2]
por vastas soledades encendido,
y la tarde visita tu morada,

y en la sagrada noche, en el olvido
de todas las criaturas, bajo el cielo
busca el hombre tu beso suspendido.

Con dura planta hiriendo el torpe suelo
el mancillado arcángel desparece
y ensaya el corazón su primer vuelo.

Ya la estrellada noche se le ofrece
cual prenda de tu amor y tu hermosura,
ya la esperanza se levanta y crece.

El brote de la tierra se apresura,
y en impetuosas ondas, se dilata
la savia nueva por la rama obscura.

Turban el cielo címbalos de plata,
y coronada de silencio, mira[3]
tu faz la noche, y tu beldad retrata.

Se siente el corazón cómo suspira,
y en tus divinos ojos lastimado
ya sólo el viento de tu amor respira.[4]

¡Oh Monte del Señor, "monte cuajado",
donde llega hasta el hombre la armonía
y el giro de los mundos concertado!

Él se erguirá sobre la faz del día,
y será del Señor de valentía
por siglos infinitos habitado.

Yo para Ti nací, y en vano quiero
buscar por la vertiente y la llanura
un sendero mejor que tu sendero:

ni en el profundo abismo ni en la altura,
jamás lejos de Ti tendré contento,
sabré de paz, ni probaré dulzura;

el áureo sol y el claro firmamento,
si a otros deleite, me serán cuidado
y doblado pesar a mi tormento.

Fuera de Ti, del manantial colmado,
sólo en fuentes amargas he bebido,
sólo cisternas rotas encontrado.

Como el chicuelo que vagó perdido
he gustado mi pan insatisfecho
y en soledad mis sueños he dormido...

Yo sé que Tú, por misterioso modo,
vas urdiendo los pasos de mi vida,
y que tu mano lo conduce todo:

la bestezuela que vagó perdida
y el astro silencioso que navega
por encima de la tierra adormecida,

cuando en las hondas noches, él se entrega
a su giro, entre soles dibujado,
y ella vuelve hacia Ti la cara ciega;

que en el sueño del hombre descuidado
retumba como en boca de profeta
tu acento sobre abismos modulado.

y del alma en la cámara secreta
el eco abre caminos y senderos,
golpeando como bárbara piqueta.

Tú pusiste los pájaros señeros
sobre las altas cumbres borrascosas,
y en la estepa los lobos carniceros.

Tú forjaste los seres y las cosas,
desde el cielo al infierno entenebrido
donde las plantas fértiles reposas.

Yo sé que en las tinieblas escondido,
pensativo contemplas de mi mente
el tormentoso flujo desasido;

y que tu mano toca levemente
en cada pensamiento que te ignora,
y sujeta y enfrena su corriente.

Vas abriéndome cauces cada hora
y echando ardientes lazos a mi pecho
por cima de mi vida pecadora.

y esperas, como Ruth al pie del lecho
de Booz en la noche sembradora,
a sembrar en mi frente tu derecho

cuando florezca la divina aurora.

☆

Cristo Jesús, Tú sabes que te amo,
y desde el fondo de mi vida obscura
busca tus dulces ojos mi reclamo;

que abandoné la faz de la criatura
para seguir la luz indeficiente
que mana de tu Faz sagrada y pura;

y que en la turbia y áspera corriente
de mi vida mortal, busqué tu huella
como el ciervo las aguas de la fuente.

No hay en el cielo tan divina estrella
que pudiera desviar mi mente triste
de la belleza que tu Rostro sella;

ni guarda el mundo, en cuanto Tú le diste,
deleite que colmara mi esperanza
como el que a mi esperanza prometiste.

Mas no la gloria de tu amor se alcanza
como mis flacas fuerzas lo pretenden,
sujetas al olvido y la mudanza,

de modo tal, que si las alas tienden,
apenas es para abatir el vuelo
y así tu amor y mi constancia venden.

Antes aquel te conoció sin velo
que en heroicas y ásperas jornadas
corrió el camino de la tierra al cielo;

que, rendido a la nada de sus nadas,
cerró al placer las puertas del sentido
y abrió al dolor sus carnes desgarradas...

Ay, quién como Fray Juan hubiera sido,
amante tuyo en tan divino exceso,
que vio su propio espíritu perdido!

Y alma con Alma en inefable beso
derramara su vida por la boca,
entre tus labios intangibles preso!

Mas la locura a que tu amor provoca
no es para alma tan ruin como la mía,
y aun la gloria le niego de estar loca.

Yo seré como aquel que se desvía
y vacila a la orilla del camino,
mientras llega la noche de su día;

como aquel que bebiendo el dulce vino
nunca logra apagar su sed ardiente,
y requerido del amor divino

gemirá sin amor eternamente...

Diciembre de 1938

LA ORACIÓN EN TERCETOS

Quiero estarme contigo en el sagrado
silencio de la noche, y a tu abrigo
tienda las alas el mortal cuidado.

Como amante en el seno del amigo,
que largamente bebe su deseo,
gozarme quiero en soledad contigo.

En noche oscura tu presencia oteo,
y a ciegas tanto el corazón adora
que en luminosa sombra te poseo.

Sin verte te amaré, si no en la hora
en que acabado el sueño de la vida
despierte de tu faz con el aurora.

Mas viene ya la tarde de vencida,
y es ligero el tiempo y breve el plazo
para guardar la lámpara encendida.

Cuando te rindas a mi tibio abrazo,
háblame, dulce Amor, de aquella cita
que has de ceñirme con eterno lazo.

No preciaré la miserable cuita
del sentido que gime prisionero,
del cuerpo que se pierde y se marchita.

Ni tendré en nada el término postrero
ni el horror de la honda sepultura
ni el gemido del deudo lastimero.

Ni el vago bien y la fugaz dulzura
que el moribundo corazón despierta
a deseo de vida y de ventura.

Porque detrás de la partida incierta,
más allá de la pálida frontera,
vela el amor y la esperanza acierta.

Allí te encontraré la vez postrera,
y en tu pecho de amores florecido
conoceré la eterna primavera.

Allí el amor, de púrpura teñido,
coronado de paz, tendrá por lecho
el beso de tus labios encendido.

Así en las lindes del camino estrecho
sueña mi flaco amor con el hartura
de los pastos y fuentes de tu pecho.

Y en la cerrada estancia y casa obscura
del propio corazón, a ti vocea,
deseando tu vista y tu hermosura.

Mas ay, que en vano el alma te desea,
en vano busca su divino Esposo,
si virtud ni pureza la hermosea.

Porque tú eres el Fuerte y el Celoso,
el que habita las fuentes de aguas vivas
y sustenta entre lirios su reposo.

No con palabras dulces te cautivas,
no con grito de amor adolescente,
no con suspiro y quejas excesivas.

Mas abájaste acaso blandamente
al que mirando su profunda nada
doble ante ti la mancillada frente.

A éste vendrás, en noche regalada,
después que con el soplo de tu boca
tú mismo te adereces la morada.

El ciego centro de mi vida toca,
y éntrate al corazón como la llama
que en flaco leño con fiereza emboca.

Ven como el mar que se desborda y brama,
rompe por mis entrañas con gemido
y en espumosas ondas te derrama.

Y así anegado el corporal sentido,
aquiétate en mi seno mansamente
y tengamos las cosas en olvido.

Es leve engaño lo que el hombre siente,
arenilla que rueda sin sosiego
entre el mortal futuro y lo presente.

Yo te doy ese amor por este fuego,
te doy mi sombra de razón obscura,
te doy mi corazón errado y ciego.

La mancillada voluntad apura,
y lábrate con fuego la morada
dentro del alma que tu amor procura.

De paz y fortaleza edificada
de recios torreones defendida;
y allí en la noche del amor sagrada
trocaremos mi muerte por tu vida.

5 de junio, 1939

MEMORARE NOVISSIMA TUA...

Eclo., VII, 40

Ay de mí que camino con pie lento
mientras el tiempo huyendo me asegura
la cuenta estrecha y el fatal momento!

Ay triste, que el otoño se apresura,
y aún soy la simiente no sembrada
y el árbol cuyo fruto no madura!

¿Cómo se está mi alma sosegada
viendo que se le trueca su tesoro
en un confuso aliento de la nada?

¿Que es bajo polvo lo que vil adoro,
y que siendo este bien perecedero,
a tiempo que lo gozo, lo devoro?

Como dardo a su blanco va certero,
como la piedra al centro desprendida,
tal va mi cuerpo al término postrero.

Allí será la triste despedida
de estos dos que se amaron sin mesura,
allí mi alma con dolor herida,

cuando sobre la negra sepultura
abandone este cuerpo mal de grado
que amó tan sin recelo y sin cordura.

¿Acogeráse entonces al Amado,
que en vano la esperó mientras vivía
y fue villanamente postergado?

No, cierto, que en la noche de su día,
conociendo su culpa y mal mezquino,
aun de Dios acordarse no osaría,

deseando más el fiero torbellino,
más la eterna tiniebla, más sus llamas,
que no el reproche del amor divino!

Mira, pues, y conoce lo que amas,
oh pobre voluntad ciega y errante
que en engañosos bienes te derramas.

Aún resta el áureo vuelo de un instante,
y entre el bien que se va y el bien que espera
aún eres libre de escoger tu amante.

Aún en la fuente de tu ser primera,
la eternidad del ser te está brindando
Aquel que solo es vida verdadera.

No temerás con Él el día nefando,
que en vano se movió la muerte cruda
contra los que se acogen a su bando.

Allí el ser no se abate ni se muda,
ni el silencioso vuelo de una hora
turba su fe, ni su valor desnuda.

Antes con cada noche y leve aurora
más el Amor estrecha el dulce lazo,
más el alma embriagada se enamora.

Elige, pues, porque se acorta el plazo,
y ya la muerte tu camino explora,
y ya custodia tu postrero paso!

4 de julio, 1939

BEATUS ILLE...

Dichoso el que triunfante en lides fieras,
la belleza mortal de la criatura
desterró de sus puertos y fronteras;

el que con crudo azote y guerra dura
arrojó de su seno al enemigo
que amargo mal con dulce voz procura;

y dejando el hogar y patrio abrigo,
buscó detrás de inaccesibles muros
vivir en dulce soledad contigo.

No andará los caminos inseguros
del mundo, donde aguardan torpes lazos
los ojos castos y los pechos puros;

La senda encuentra libre de embarazos,
no emboscado ladrón vendrá a quitarle
su tesoro, que tiene entre tus brazos;

ni la humana tormenta ha de anegarle,
ni vientos traicioneros convertirle,
ni falsos bienes de tu amor tornarle;

ni cual brizna de yerba ha de esparcirle
el soplo temeroso de la muerte,
que no será bastante a combatirle.

Bien este tal se preciará de fuerte,
porque tiene en Dios mismo su manida,
y junta a la de Dios la propia suerte.

En lo profundo de tu pecho anida,
tiene su paz en tu Verdad fincada,
eres Tú su alimento y su bebida.

En la noche, de luces coronada,
encendido de amor saldrá a buscarte
al secreto lugar de tu morada,

donde no llega el mal ni tiene parte,
ni el confuso rumor de las criaturas
le estorbará la dicha de gozarte.

Mas si vagando por las noches puras
en la beldad del campo se recrea,
le ofrece allí el amor nuevas dulzuras:

que no hay estrella o flor que no le sea
señal de tu hermosura peregrina,
ni hay hermosura donde no te vea.

Ya la cruda agudeza de la espina
que defiende la flor, ya el duro asiento
donde el arroyo sin cesar camina;

o el ruiseñor a su dolor atento,
o las nubes llevadas por el cielo
con blando e inseguro movimiento:

todo es rico alimento de su anhelo,
todo es cebo a su amor, todo lo enciende,
todo desata el ímpetu del vuelo.

En la belleza de las cosas tiende
las fuertes alas, de tu amor movidas,
y hasta la gloria de tu faz asciende.

Allí memoria y voluntad henchidas
beberán de la luz de tu hermosura,
en inmortales ansias encendidas.

Y en tanto el vago mundo se apresura,
y en tanto gime tras el vicio bruto,
comprando eterno mal, con amargura,

él gustará del inefable Fruto,
y el tiempo, lejos de apagar su llama,
le apretará en los brazos del que ama.

5 de julio, 1939

INVITACIÓN AL AMOR

(*Ensayo de rima interna*)

Para María del Rosario Oyarzun

Amigo, ten el paso presuroso;
mira este valle umbroso, esta pradera
donde la primavera se derrama
y su sagrada llama va agitando,
el cáliz desatando de las flores
que escondidos amores enardecen.
Mira cómo se mecen en el viento
con leve movimiento rama y nido.
Pon atento el oído al son del agua
donde el paisaje fragua un espejismo,
amándose a sí mismo en ser ajeno.
Gusta el soplo sereno de la brisa,
y la tierna sonrisa de este cielo,
y el misterioso anhelo de las cosas.

Las formas portentosas adivina
que la noche divina engendra y brota,
la música remota de los mundos
los acordes profundos y distantes
que en voces consonantes se responden
allí donde se esconden en el seno
del infinito lleno de fulgores;
los oscuros temblores de la tierra
que la simiente encierra y torna a vida,
y acaso, enardecida con la muerte,
del mismo cuerpo inerte y miserable
el fruto deleitable en sí concibe.

El aullido percibe de la fiera
que de su madriguera en noche obscura
llama con hambre dura su pareja.
Oye cómo se queja la floresta,
y en la selva repuesta y misteriosa
el ave rumorosa, a par de viento,
el grado amarillento al pico lleva
con que la flor renueva, e hinche el tallo.

Y aun los amores callo de que el hombre,
eternizando el nombre del proscrito,
pobló el tiempo infinito de su nada.
Basta que la mirada desenvuelvas
y el ámbito revuelvas de la tierra,
y cuanto el mar encierra, y a ti mismo
—si a tan profundo abismo el pie se atreve—,
luego los ojos mueve a aquella altura
do brilla la hermosura de los astros,
verás de Amor los rastros por doquiera:
Amor es ley primera, suave y fuerte,
ley que vence la muerte, y como ella,
desde la blanca estrella hasta el gusano,
nos lleva de la mano por el mundo.

En esta ley me fundo, caro amigo;
cuando en verdad te digo que no aciertas
en antes querer muertas tus lozanas,
tus briosas, tus galanas primaveras,
y tus flores primeras destruidas,
que no al amor rendidas dulcemente.
No sea que, cruëlmente derrocado,
vengas por tierra echado como hiedra
que del muro de piedra no se abraza.

Y si el amor que pasa presuroso
arguyes de engañoso y deleznable,
por otro no mudable Amor lo deja,
donde no tiene queja el tiempo aleve,

ni el olvido se atreve y la mudanza,
y que, firme esperanza y llama fuerte,
traspasa las fronteras de la muerte.

1 de julio, 1939

PAX

En un quieto remanso para siempre
encalló mi barquilla,
las alas fatigadas,
la torpe vela herida;
por siempre, para siempre, dulcemente
encalló mi barquilla.

Oh Dios, oh qué inefablemente quieto
está el bajel dormido,
sin viento en el velamen,
sin espuma en la quilla:
sus trémulos costados olvidaron
los aprendidos bríos.

Va perdiendo el sabor de aquellos mares,
el eco de los gritos
—oculto en sus entrañas—
del pájaro marino,
la huella de las negras tempestades,
las brumas y los riscos.

Sobre el agua, clarísima y profunda,
silencio y paz; el puro
viento dormita; un cielo
luminoso y desnudo;
ni una ala entre los árboles se agita.

La rompida madera
ávida y lentamente
refréscase en el sorbo cristalino...

Como un despojo en el remanso, inmóvil
está el bajel dormido.

San Luis, a quién sabe cuántos de cuántos, de 1941

RETRATO DEL AMADO

Cant., V, 10-16

Mi Amado es blanco y rubio y todo bello,
señalado en legiones y millares;
su cabeza, ceñida de cantares,
es oro de purísimo destello,
y negro como el cuervo es su cabello,
semejante al renuevo en los palmares.

Irrumpiendo por quiebras y por lomas
en revuelo de alas inocentes,
sobre las aguas vivas de las fuentes
sus ojos son remedo de palomas,
que se bañan en leche y en aromas
y que moran henchidos los torrentes.

Sus mejillas, graneros bastecidos,
de plantas aromáticas colmados,
de muro de alabastro resguardados;
los ternezuelos labios encendidos,
rojos lirios de Oriente malheridos
de amarga mirra y púrpura mojados.

La mano a torno, en giros luminosos
prende fuego al jacinto que fulgura
profusamente, en su áurea curvatura;
y un cerco de zafiros preciosos
le llaga de destellos azulosos
el redondo marfil de la cintura.

Cual columna de mármol exornado
su pierna en basa de oro se levanta
sobre el noble artificio de la planta.
Su rostro, como el Líbano preciado:
todo Él es deseable y deseado
¡y hay dulzura de abismo en su garganta!

1941

LA CITA

Te esperaré esta noche, Señor mío,
en la siniestra soledad del alma:
en la morada antigua
donde el amor se lastimó las alas;
por cuyos largos corredores gime
la ausencia de tu voz y tus palabras.

En el fosco recinto,
hondamente cavado,
donde jamás la antorcha de la risa,
jamás la limpia desnudez del llanto,
ni la serena atmósfera del verso
los ecos agitaron.

Allí te esperaré, porque esta noche
no tengo otra morada;
a lo largo del húmedo camino
todas las puertas encontré cerradas,
y en la sombra tenaz perdí tu huella
—la senda de tu huerto y de tu parra—.

¡Oh Suavísimo, ven! Ven, aunque encuentres
apagadas las lámparas nupciales,
aunque el voraz silencio
el roce niegue de tu planta suave,
aunque tu faz se esconda en las tinieblas,
aunque tu beso y tu palabra callen,
y mis manos tendidas en la sombra
no acierten a tocarte.

Te espero en el recinto misterioso
donde en dolor mi madre me engendrara:
allí no en los festines
se coloran las pálidas guirnaldas,
ni el vino moja el encendido labio,
ni vuelan las palabras,
ni las antorchas brillan
enrojeciendo al grito de las flautas:
allí un hosco silencio...
y un hambre oscura que tu paso guarda.

Vendrás, Amor... la noche
toda está de presagios erizada:
un pájaro sin voz gime en el viento
un insensible amor abrasa el alma.

Sólo tengo aquel tálamo sombrío
que se ha de iluminar con tu mirada,
pero furtivamente
vendrás a él y dormiré en tus brazos
bajo la noche al corazón amarga.

San Luis, febrero, de 1941

SED MORIAR[5]

Perdido he mi soledad contigo,
mas esta noche tornaré a buscarte
—tierra los labios y en el alma trigo—,[6]

cuando rendido en su poster baluarte
el viejo compañero de mi vida
sepa el grito del ave que se parte.

¡Oh mar, oh vasta tierra desmedida,[7]
luz de abismo en los ojos dilatados,
antorchas en el fondo de la herida!

Jamás con ansia cierta deseados,
jamás predichos en la misma nota,
jamás en claro verbo disfrutados![8]

La tensa vela al viento se alborota,
mueve el viento sus ágiles corceles,
la roja espuma de la quilla brota.

Ya cuerpo y vida te serán tan fieles
que volverán a dar, con buena tierra,
pan en tu espiga y sol en tus claveles.[9]

Y una vez más se moverá la sierra,
en la simiente alada de algún pino,
por todos los confines de la Tierra.

Pero yo, sin vereda ni camino,
ni espacio ni color, ni franca puerta
al tiempo, turbulento peregrino.[10]

Yo, sólo llama pura y sed alerta,
sed como roja flor transfigurada,[11]
bajo las bocas del torrente, abierta.

He aquí que se ha mojado la enramada
de savia y temporal, y el agua fluye,
brota la vid, se hincha la granada.

Tras el grito del pájaro que huye
has venido a llamar tan tiernamente,
que nuevo amor el corazón arguye.

¡Y es tiempo, tiempo! Caiga la simiente[12]
sobre las horas que han llegado tarde
y que van a ceñir otra corriente.

¡Nosotros hasta aquí! fruto que arde
en rojizos otoños, mi paisaje
se desprende del seno de la tarde.

El universo todo está de viaje,
resbalando por lánguidas pupilas
donde no tiene amor que lo agasaje.[13]

Hacia los siglos donde tú cavilas[14]
los días de mi historia gravitando,
encontraron profetas y sibilas.

Hoy, sólo encuentra el ardoroso bando
el "diuturno silencio" prometido,
las áureas pajas, y aquel pecho blando
que te dio amor, en leche convertido.

12 y 13 de diciembre, 1941

BIÓN

Con Bión en la mano vine a verte, Dios mío;
a través de la selva rumorosa de Adonis,
de la selva preñada de lamentos y aromas,
tuve sed de tus labios... Los Amores huían
—cazadores furtivos— de hoja en hoja saltando,
y Cipris con sus quejas enervaba los vientos.

Veníamos hollando la hojarasca de antaño,
crujiente como verso, y el último paisaje
detenía mis ojos: la sombra de los dioses
tiernamente oscilaba sobre el muerto mancebo.

¡Oh las quejas de Cipris, la crujiente hojarasca,
el paisaje postrero, las horrendas heridas
en sus labios de púrpura como pétalos negros!

Cruzando por la selva, con Bión, bajo el crepúsculo
oí la dulce queja y oí mi voz en ella...

Bión, ¡Oh Amor!, ha incubado sueños en el ramaje,
con las alas en trance lanzándose ha tras ellos,
y grita como el ave que halla desierto el nido,
luego calla de pronto... y acecha todavía...

Silencio y tedio negro descienden de los brazos
de Afrodita de oro; la flauta del boyero
vagabundo, se apaga; y la pálida herida
obscurecen los párpados de una noche siniestra.

Tuve sed de tus labios,
de tu cuerpo de aurora, de tus áureas pupilas
—sed que sola refresca, como sed de montañas—,
y del fondo del valle rumoroso y ardiente
he venido a buscarte... con Bión de la mano.

1942

PAISAJES MICHOACANOS

RETORNO A MORELIA

Cierto, tú has sido fiel; la misma calma,
las mismas alboradas deleitosas;
torres aladas y canteras rosas,
un remanso de paz para mi alma.

Guardas aún aquel rubor intenso
que ponía en la plaza verdeante
la bugambilia en flor, y aquel instante
de tus campanas en el aire tenso.

Tu Calle Real que va de monte a monte,
la clásica portada de breviario
de Las Monjas, el rojo campanario
donde se cifra todo el horizonte.

Tus suburbios, prendidos en jardines,
y tus fuentes de musgo y luna llena;
y el viejo Bosque, donde vive y pena
un recóndito aroma de jazmines.

La señorial Calzada cuyas piedras
añoran largamente tantas cosas...
como esa cordillera de Las Rosas
que pide al cielo su balcón de yedras.

Igual y fiel te miro, tierra mía;
infiel he sido yo, que ya no tengo
cuando a tu casa rumorosa vengo,
abierta el alma a ti, como solía.

Si tu armoniosa paz no dice nada
a mi cansado amor, *ego te absolvo*:
culpa es de ausente ardor trocado en polvo,
y juventud en sombras olvidada.

Morelia, 16 de diciembre, 1941

NOSTALGIA DE LO PRESENTE

Suspiro por las cosas presentísimas,
y no por las que están en lontananza:
por Tu amor que me cerca,
Tu vida que me abraza,
por la escondida Esencia
que por todos mis átomos me embriaga.

Suspiro por el fuego que secreta-
mente consume mi alma,
por la sutil Presencia
que el hondo abismo de mi ser alcanza,
sin que fuerza del cielo ni la tierra
pudiesen disiparla.

Nostalgia de lo más presente..., angustia
de no poder captar la luz cercana;
inmenso anhelo del Abrazo mismo
que ya va taladrando las entrañas.

¡Oh miserable angustia de buscar lo presente
y morirse de sed mientras los labios
tocan la faz del agua!

Amor, la tierra dulce
ya me va pareciendo tan liviana,
que se desprende de los ojos mudos
desnuda de color y resonancia,
y no encuentra el sentido
línea donde posarse la mirada...
La tierra, Amor, la tierra
se ha tornado hace mucho tan liviana,

que sola se desprende de los ojos
hacia un tedioso abismo en la distancia.

Ya los cambiantes lagos de mi pueblo,
las ágiles montañas,
los gloriosos crepúsculos ardientes,
la música olvidada,
el arrullo de aquellos senderillos,
no tienen resonancia,
ni hay dulce faz sobre la faz del mundo
que haga temblar el alma de mi alma.

Una sola Presencia es la que anhelo,
y la poseo toda, enmimismada;
un solo Amor, y es mío;
un Abrazo, y en él estoy atada!
Y en el sentido frío
y el corazón de hielo, se dilata
un mundo desprovisto de sentido,
de luz, color y forma...; y en el alma,
otro desierto helado
donde estás Tú..., bajo mi vida exhausta,
que sostienes y alientas,
que iluminas y abrazas,
y angustias con anhelos imposibles,
y que no te conoce... y que te ama!

Erongarícuaro, 9 de diciembre, 1941

ROMANCES DE PÁTZCUARO

I

EL ROMANCE DE LA LUNA

Al filo de media noche
—con invisible compaña—,
miramos venir la luna
que busca las calles altas.
Al verla brotan las piedras
húmedas chispas de plata,
los árboles se ennegrecen,
la fuente prende sus aguas,
las complicadas callejas
buscan su centro en la plaza,
y van surgiendo las cuestas
erectas, finas y blancas:
parecen torsos desnudos
que emergen de oscuras aguas.
Curvas y rectas se aguzan
en las antiguas arcadas,
huyen los grillos medrosos,
se pierden las nubes altas,
el viento apaga su antorcha
sobre las viejas ventanas,
cándidas huellas deslizan
por las tejas inclinadas,
los charcos abren al cielo
ojos hambrientos de alas,
y en los musgosos rincones
un hondo silencio cuaja.
La noche se pone inmóvil
mirando esta luna láctea,

inmóvil se queda el pueblo
como una tela pintada.

Sobre la plaza desierta
—con mi compaña sin nombre—
miramos venir la luna
al filo de la media noche.
—¡Ay, luna de mi provincia,
lujo de lago y de monte
vivir tan lejos de ti
en tierra desierta y pobre!
—¡Ay, luna de aquellas lunas,
ay, sed de tal horizonte,
que el verle una sola vez
abrevia todos los orbes!

—¡Oh luna lunera, luna,
bajo aquel cielo de cobre
no hay ojos que te parezcan
ni mejilla que te robe!
¡Oh luna lunera, luna
(¡en tierra estéril y pobre!)
ni lago que te refleje
ni sol que tu faz adorne.

Por escondido camino
bajamos al mar salobre,
do nunca los vientos llevan
suspiro que no te adore.
No hay rostro como tu rostro
bajo mi cielo de bronce:
los ojos fingen acero,
las duras palabras, noche.
—¡Oh quién pudiera tenerse,
pues aún el tiempo es tan joven!,
¡oh quién esta hora pudiese
crucificar en un roble!

¡Quién pudiera los ijares
herir de la ruta inmóvil,
saltando tiempo y espacio
camino de sus amores!

Abismos de las pupilas
llaman abismos del alma.
¡Oh luna de mi provincia,
luna fina, luna blanca!

Agosto de 1941

II

Pátzcuaro, Pátzcuaro inmóvil,
Pátzcuaro de musgo y agua,
suave alfombrilla de verde,
piedrecillas tan limadas;
entrañas de tierra roja,
callejuelas afiladas,
fuentes doquiera esparcidas,
incomprensibles ventanas
que se descuelgan del muro
bajo techumbres de grana!

¡Oh lluvia de aquellos cielos,
menuda lluvia liviana
que saca al pueblo escondidos
los colores de la cara!

Todo es rojo, todo es verde,
todo es chispa, todo llama,
cuando te abrasa la lluvia
buscando a ver si te apaga.

☆

¡Ay, eglógicos caminos,
caminito del Calvario,
cuyo divino silencio

enciende en gritos el labio!
Anchas pupilas abiertas,
cuesta arriba, cuesta abajo,
miradas que se despeñan
por la herida del costado,
en cuyo lírico fondo
por la llanura del Lago,
se encienden rojos plomizos
y azules azules-blancos;
y ya el tule verde-tierno,
al sol y al viento danzando,
cobijan velas y nubes
en líricos arrebatos.

¡Ay, que en tus plazas inmensas
dejé mis sueños vagando;
ay, que en tus cuestas se fueron
mis anhelos derramando!
En vano torno y retorno
a verlos, año tras año;
largos caminos corrieron,
duras raíces echaron;
ya nunca tornan conmigo
sino bajo tus tejados...
Allí contigo se quedan,
allí me aguardan hogaño,
oh dulce morada, dulce,
de un amor resucitado!

Pátzcuaro, diciembre, 1941

III

A PÁTZCUARO

Una canción de despedida

Adiós, amor que se queda,
dormido y desnudo al viento;
huellas en tus callejones
prolongarán mis ensueños,
huellas adentro del alma
cultivarán tu recuerdo;
adiós, mi tierra de amor,
dormida y desnuda al viento.

Del vasto mundo, del mundo
ya nada tengo ni quiero;
mas guardado en las montañas
hay un rincón de silencio,
una embriaguez a los ojos,
una ansiedad a los pechos,
y una canción a los labios
que me aguarda en todo tiempo.

Y he de tornar y tornar
como el péndulo viajero,
y como torna la niña
cuando se mira al espejo.
Silencio de mis montañas,
Pátzcuaro de doble cielo,
yo he de tornar y tornar
como el péndulo viajero!

19 de diciembre, 1941

LAS CANCIONES DEL CUPATITZIO

I

RÍO ABAJO

El agua viene de lejos,
de lejos, de lejos viene;
allá por entre las rocas
¡qué arrullos dulces que tiene!
allá al pasar por los troncos
¡qué espumas blancas que tiene!
El agua viene de lejos,
de lejos, de lejos viene...

Borboteando baja el río
por el verde cafetal,
sabor de risa en la boca
nos va dejando al pasar,
sabor de nostalgia nueva
que mañana morirá,
sabor de grito, de grito
que tiembla en el cafetal.

En curvas violentas baja
—alas y espumas— el río,
navegando entre las rocas,
cantando sin ser oído.
Tumbos y grito en su seno,
silencio que cerca el río:
a la par de esos amores
que pasan sin ser sentidos.

De lejos vienen las aguas,
de lejos, de lejos vienen;
allá por aquellas rocas
¡qué graves silencios tienen!;
al pasar entre los troncos,
¡qué espumas, qué risas mueven!
De lejos vienen las aguas,
de lejos, de lejos vienen...

II

UN MANCEBO

Oh rama de cerezo
hallada en la montaña,
caliente del sol, ebria
de gritos de los pájaros!
Oh roja rama núbil,
ardiente y encarnada,
para la boca hecha
que más dulce besara;
para llevarla al pecho
bajo la luz del alba;
para encender con ella
la noche solitaria!

Si hace diez años... y hace
quince años te encontrara!
Cómo te hubiese puesto
semilla de mi almohada,
bajo la sombra inquieta
por cabezal y guarda!

Cómo exprimido hubiese
tus frutos escarlata
entre labios heridos
que sed y savia sangran...

Si hace diez años y hace
quince años te encontrara!

Mas dulcemente el río
sorbió la luz del alba,
y el ramaje espeso
la luz del sol apaga;
la tierra brota rosas
serenamente heladas;
y del alma en el centro
se hundió toda palabra.

Oh roja rama núbil
hallada en la montaña!
Sobre el río sonante
—rumor de muchas aguas—
para el viajero inmóvil
la nube te recata.
Sobre tus labios llenos
de canciones amargas
y de dulces canciones,
correrán muchas aguas;
al agua de mis ojos
haber pasado basta...

III

UN RECUERDO

Tierra adentro, Cupatitzio,
me sonarán tus canciones,
como un serpeante gemido
que encienda en ritmos la noche.
Oirán tu voz, Cupatitzio,
los crepúsculos del norte;
por los áridos caminos
me llevaré tus canciones;
las estrellas solitarias

padecerán tus dolores,
y el polvo blanco y ardiente
se mojará con tu nombre.

IV

UNA VARIANTE

Inmóvil en la espera
de tu canción de plata,
que volverá en la noche
con rítmica palabra,
estaré tierra adentro
en sombría posada,
amo de otro recuerdo,
dueño de otra esperanza.
Tierra adentro... el eriazo
donde está mi morada
resonará en la espera
de tu brava sonata,
la sombra de mi alcoba
se prenderá de plata,
se embriagará de sones,
se pintará de alba,
cuando traiga el recuerdo
de tu divina palabra,
despertando en la noche
la sonrisa del alba.

Uruapan, Mich., 11 de diciembre, 1941

TRES SONETOS

I

PRIMAVERA

Hoja a hoja la tierna primavera
el verdor de los campos restituye
y, desatado de los hielos, huye
el arroyo burlando la pradera.

Despierto ayer a la canción primera,
el salvaje gorrión el ala intuye
y por la luz que se derrama y fluye
sube y baja la escala pajarera.

Ya la amapola su fulgor deshoja
y el dientecillo su dorada pluma;
todo a la fiesta del color se arroja;

sólo en el claro azul, que nada bruma,
flota una nube desgarrada y floja
cual recinto brevísimo de espuma.

9 de septiembre, 1944

II

CREPÚSCULO

Sobre monte y llanura se presiente
—que nimba el sol en su postrero brillo—
la voz de un invisible caramillo
eglogizando el aire confidente.

Ya demudado, trémulo, vehemente,
lleno sólo del grito del cuclillo,
se hunde el campo en el piélago amarillo
que mana de las bocas del poniente.

Inmóvil actitud. Silencio intacto.
En la áurea fiebre del minuto, acendra
la rubia fronda su verdor abstracto[1]

y su fino vaivén la escolopendra.
En los senos del valle estupefacto
una divina soledad se engendra.

9 de septiembre, 1944

III

CAMÉCUARO

Pizarra y dilección de los sabinos
es el húmedo espejo de las ondas:
verde y oro, el regazo de las frondas;
verde y gris, los acuáticos caminos.

Ausencia melancólica de trinos
urge y agrava las querellas hondas,
sólo la verde luz, las luces blondas
obsediendo los senos cristalinos.

Obsesión de la luz. Nada se mueve,
nada vibra en el ámbito miraje,
nada la pura soledad conmueve.

En el inmóvil trance de matices,
transfúndense las aguas y el ramaje
en efusión de verdes y de grises.

12 de septiembre, 1944

CINCO SONETOS EN TORNO A UN TEMA ERÓTICO

Te llevo en el corazón,
nimbada de mi sofisma.

Herrera Reissig,
La torre de las Esfinges

I

Va la ciudad flotando a la deriva
con perezosas brumas y deshielo;
la luz, sobre la cúpula del cielo,
más parece pintada que no viva.

El alma, en redes lánguidas cautiva,
ensaya un agresivo desconsuelo
que traduce los ecos en desvelo
o el color verdinegro de la oliva.

Gravita el día en el fugaz momento
que una tediosa eternidad apura
abstraído de forma y movimiento,

y en la inerte fruición de la amargura
su torturado ser el pensamiento
sobre el hosco paisaje desfigura.

II

Proyecto de mi amor es el paisaje
con su misma sutil improcedencia,
maceración de brumas y de ausencia
y vertientes de áspero abordaje.

Multiplica en erótico miraje
la ciudad mi dolor y tu presencia,
y afluye la obsesión a la conciencia
en fatigado, turbador oleaje.

Cuando aun la piedra exánime te nombra,
en vano retrocede mi suspiro
desandando el camino de tu sombra;

en vano te defiendo mi retiro:
roto estás en el polvo que lo alfombra
y en el aire de plomo que respiro.

III

Miente mi corazón cuando te ama,
hecho intérprete fiel de mi sentido,
como el eco en abismo percibido
que el viento, no la voz, forma y derrama,

Este imperioso afán que te reclama
no en el centro del alma fue nutrido:
me ha turbado sin mí, como el sonido,
es ajeno a mi ser, como la llama.

Cuando la sangre el corazón satura
de sólo tu sabor —término medio
en loco silogismo de amargura—,

inaccesible al implacable asedio,
como trozo de plomo en agua obscura
húndese el alma en silencioso tedio.

IV

Mi cumbre solitaria y opulenta
declinó hacia tu valle tenebroso,
que oro de espiga ni frescor de pozo
ni pajarera gárrula sustenta.

En tu luz gravitante y macilenta,
quebrado el equilibrio del reposo,
vago sobre tu espíritu medroso
como un jirón de bruma cenicienta.

Libre soy de tornar a mis alcores
do Eros impúber la zampoña toca
ceñido de corderos y pastores;

mas a exilio perpetuo me provoca
la chispa de tus ojos turbadores,
la roja encrespadura de tu boca.

V

Del ser que alienta y del color que brilla
me separa tu cálida presencia,
clausurando el sentido en la vehemencia
de una noche sin fondo y sin orilla.

En ella mi tortuosa pesadilla
te confiere su trágica opulencia,
y tórnaste inmortal como una esencia,
siendo que eres trivial como una arcilla.

Te he engendrado en mi lumbre y mi universo,
en tu forma plural he proyectado
la queja vaga y el afán disperso.

Dudando está el espíritu sitiado
si eres mi sangre disculpada en verso
o mi dolor en carne figurado.

San Luis Potosí, 7 de julio, 1943

NOX

NOX

I

Un soñar con el pálido ramaje
y las llanuras donde cuaja el trigo,
un aspirar a soledad contigo
por los húmidos valles y el boscaje:

un buscar la región honda y salvaje,
un desear poseerte sin testigo,
un abrazado afán de estar conmigo
viendo tu faz en interior paisaje:

tal fue mi juventud más verdadera;
en el clima ideal de tu dulzura
maduró mi divina primavera:

y tuve mi esperanza tan segura,
como que en la hermosura pasajera
se me entregaba, intacta, Tu hermosura.

II

¿Cómo perdí, en estériles acasos,
aquella imagen cálida y madura
que me dio de sí misma la natura
implicada en Tu voz y Tus abrazos?

Ni siquiera el susurro de Tus pasos,
ya nada dentro el corazón perdura;
te has tornado un "Tal vez" en mi negrura
y vaciado del ser entre mis brazos.

Universo sin puntos cardinales.
Negro viento del Génesis suplanta
aquel rubio ondear de los trigales.

Y un vértigo de sombra se levanta
allí donde Tus ángeles raudales
tal vez posaron la serena planta.

México, 1941

APÉNDICE

Versos variantes

De algunos poemas de Concha Urquiza han llegado a mis manos varios manuscritos o copias que ofrecen variantes o versiones anteriores, dignas de atención. No he querido anotarlas al calce de las páginas respectivas, para no dar a este libro un aspecto demasiado erudito y escolar. Pero tampoco quise que tales variantes —a veces, muy bellas— se perdieran del todo. Por eso he decidido recogerlas cuidadosamente en este apéndice, que algunos lectores quizá me agradecerán.

Gabriel Méndez Plancarte

POEMAS

I. Como Alonso Quijano...

[1] Más *loco* y *desdichado* que el *triste* caballero,

[2] Y así, en *lánguidos giros* sin tregua, hora tras hora.

SONETOS BÍBLICOS

II. Sulamita

[3] En otros manuscritos aparece con el título de "La segunda canción de Sulamita", aludiendo sin duda al otro soneto "La canción de Sulamita", que encabeza aquí la sección titulada *Sonetos de los Cantares.*

III. Ruth. Este soneto apareció, por primera vez, en la revista *Labor* con algunas variantes:

[2] La *quietud soleada*, el lecho oscuro.

[3] y la noche *de paz* se precipita
hacia los *blancos* lechos de la aurora.

SONETOS DE LOS CANTARES

La canción de Sulamita

[1] y seguiré tu rastro *y tus olores.*

Cuando el herido cuerpo desfallece...

[4] y *más te busca cuanto más padece.*

Cándida fui, mi Dios, aquella hora,...

[3] *gime y detiene* el paso vacilante
que como Dido, con mirada errante

Soneto en dos rimas

[4] y en el *otoño* rojo, prematura

[5] nada deseo, *oh* Amor, si ya no ha sido

LIRAS

¿cuándo...?

[1] ¿Qué *acento* misterioso

ÉGLOGAS

Canciones en el bosque

[1] Yo cantaré mi amor *sola contigo,*
que escuchas en *los vientos sosegados*
y en el Fruto purísimo del trigo;
que engendras sobre montes y *collados*
las cándidas mañanas adormidas,
los ardientes crepúsculos morados;

[2] *bajo* los *cedros altos* rumorosos; o:
bajo los *altos* cedros rumorosos

[3] *donde todo cantar las alas pliega;*
en los profundos valles dilatados

[4] donde suenan los vientos *desatados*;
por caminos que suben desde el suelo,

[5] sola contigo entre las hojas de oro

[6] (En lugar de ese terceto se lee:)

Llegue el son del amor al almo coro
que roza ya la fimbria de su veste
y ruede por el ámbito que encierra,
en el regazo del confín celeste,
el matizado cinto de la tierra.

[7] Llevan esta nota: *Fuge dilecti mi, et assimilare capreae, hinnuloque cervorum super montes aromatum.* Cant., VIII, 14.

[8] (*donde* vagan los pájaros perdidos,

[9] Huye, Amor, sobre *valles* y collados;

[10] y el giro de las noches *silenciosas.*

[11] que responde a la voz de *sus* amores.

[12] Llevan esta nota: *Osculetur me osculo oris sui... meliora sunt ubera tua vino.* Cant., I, 1.

Égloga del pastor nocturno

[13] por el húmedo césped se *dilata*

[14] Las regiones del sueño se *dilatan*

[15] *Por el valle intangible* retroceden

[16] *un amor misterioso lo ha llagado,*

[17] leves *al* par *del* viento:

[18] y al *son* de su flauta perezosa
guardará los *ganados* Melibeo.

ROMANCES Y CANCIONES

Romance de la lluvia

[1] *te muestra* el húmedo seno;

[2] muchas albas te han *abierto,*

[3] ¡tengámonos a *mirar*

[4] Corazón, *corazoncillo*,

[5] Descansa, viajero *vivo*,

[6] *al más alla* de la lluvia,

[7] ya templarán *sus* ardores.

Romance del romero

[8] (En lugar de estos versos, en otro manuscrito se leen los siguientes:)

Hay sed en los labios mudos
que ya bebieron del agua,
amor en los quietos ojos
que vieron la faz amada.
El hogar sueña quimeras
y bruñen oro las brasas;
calor dulce, pan de trigo,
dulces risas, leche blanca...

DEL AMOR DOLOROSO

Mons Dei

[1] y en suave y *concertado* movimiento

[2] do *vaga* el puro sol de tu mirada

[3] *Brillan los cielos como leve plata, mientras, cercada* de silencio, mira

[4] *el viento sólo* de tu amor respira.

Sed moriar

[5] En otro manuscrito este poema se titula "El canto de la muerte".

[6] tierra los labios, y *ël* alma trigo,

[7] *Honda* mar, *ancha* tierra *sin medida,*

[8] ¡Jamás con *claro verbo sospechados,*
jamás predichos *con* la misma nota,
jamás *con ansia cierta deseados*!

[9] paz en *la* espiga y sol en *los* claveles.

[10] al *viento*, turbulento peregrino.

[11] *No más que* llama pura y sed alerta,
sed como *clara* flor transfigurada,

[12] ¡Y es tiempo, tiempo! *Ruede* la simiente

[13] donde no *encuentra* amor que lo agasaje.

[14] (En lugar de estos versos se lee:)

Y sobre un cielo florecido en lilas,
a la hora del silencio convocando
las estrellas voltean como esquilas.

Perdí mi amada soledad amando,
mas esta noche tomaré contigo
para gustar sobre tu pecho blando
tierra los labios y el alma trigo.

(Los dos últimos versos tenían esta otra versión:)

para *dormir* sobre tu pecho blando
tierra *en* los labios y *en* el alma trigo.

PAISAJES MICHOACANOS

Tres sonetos

[1] la *joven* fronda su verdor abstracto

POEMAS DISPERSOS[1]

[1] Recopilación de José Vicente Anaya.

TUS OJERAS

Para mi hermana María Luisa

Hay en tus ojeras luna diluida
y olor de jazmines, y triste cantar,
la nostalgia en ellas quedóse dormida,
disuelta en las perlas de un dulce llorar...

Cuando lloras cantan tus lágrimas puras
los himnos sagrados que Eros formó,
y hay en tus arcanas pupilas obscuras
los hondos misterios que Apolo cantó.

Desmayan los sueños en sus tristes rasos
que mudos semejan pálidos ocasos...
pálidos ocasos de riente ilusión...

Mientras sus hogueras tus labios encienden
y tus dos ojeras en tu rostro prenden
el lirio azul pálido de su corazón...

México, julio de 1922[2]

[2] Nótese que Concha tenía 12 años de edad cuando escribió este poema.

PLEGARIA DE LUZ

Suspira sus delirios la luz del medio día
en el alma cansada de una oración fugaz...
palidecen los rostros en la melancolía
de una plegaria blanca, de música y de paz...

Arde, en el incensario de las almas llorosas,
algo como un ensueño de perfume y de luz;
hay en los labios lívidos floraciones de rosas,
y el Cristo, blanco, sueña desde la negra cruz!...

En un letargo rubio, sumiso como esclavo
que como un perro dócil se adormece a sus pies,
sangra el ensueño triste de un marfileño clavo...
Y solloza, a lo lejos, la flauta de un ciprés...

Como una barcarola de ritmos soñolientos
dicen los labios trémulos la plegaria de luz,
y en la penumbra vaga donde lloran los vientos
se esfuma la silueta cristiana de Jesús...

Palpita en el santuario un beso de poesía,
de misticismo ardiente, un hálito de lloros...
palidecen los rostros en la melancolía
de una plegaria tibia de soñolientos oros...

Arde, en el incensario de las almas llorosas,
algo como un ensueño de perfume y de luz;
hay en los labios lívidos floraciones de rosas,
y el Cristo, blanco, sueña desde la negra cruz!...

1923

LOS BOHEMIOS

Son ellos que cruzan la calle ruidosa,
al amparo de una negra mariposa
que tiende las alas sobre sus cabezas,
donde la Neurosis puso la engañosa
miel de los venenos y de las bellezas...

Quién sabe a qué Cristo negaron el agua,
y del triste pecho en la ardiente fragua
hay una infinita sed desesperante...
y vagan en una remota piragua
altivos y solos, como el Judío errante...

Son ellos que pasan en noches de ensueños
bajo nuestros ojos pequeños, pequeños...
son ellos que pasan en noches de orgía
tristemente pálidos bajo los beleños
de la noche blanca, luminosa y fría...

Son ellos que cruzan la calle ruidosa
arrastrando apenas su vida tediosa,
borrachos de gloria, de amor y de vino,
al amparo de una negra mariposa
que bate las alas sobre su destino...

Y como en los cuentos de la Noche Buena
pasan sacudiendo la altiva melena
que tiene temblores de león africano,
cual bajo el influjo de una oculta pena
o bajo el encanto de un sueño lejano!...

1923

A UNA MUJER AUREOLADA POR SUS CABELLOS[3]

Tu rostro en tu cabellera
es el faisán en el nido;
Eros en la red ligera
de la sonrisa primera
detenido.

Es de Astartea el rostro aciago
sobre sus muslos de oro,
espantable fruto ¡y mago!
entre las ramas de un vago
sicomoro.

Es luna en las arboledas
y chispa sobre la fragua
y es, con su temblor de sedas
un puñado de monedas
en el agua.

Café París
2 de mayo de 1936

[3] Este poema se publicó por primera vez en la revista *Las Letras Patrias*, núm. 55, 1957, con una nota de Rosario Castellanos, y esta aclaración: "Poema inédito copiado del original, escrito en una carpeta del señor José Manuel Delgado."

LAS PIEDRAS DEL CAMINO...

Las piedras del camino se llenan de ternura
y de musgos; los cielos contemplan con dulzura
los senos azulosos del agua que se estanca.

Clareando entre lo charcos de sol todos deshechos,
se hinchan de luz las agrias venas de los helechos
tendidos sobre el fresco terror de la barranca.

1926

ELOGIO DE PIERROT[4]

Pierrot de carnes ágiles como
alas frívolas!
Pierrot de suave gala
sin armonía.
Quién tuviera tus labios fáciles como
la buena risa!
Quién tuviera tus dedos hoscos y torpes
y movedizos
como un cuento!
y tus pestañas cortas, Pierrot!
Quién sabe
si tu espíritu es claro como esos versos
de los libros de texto, que siempre dicen:
"versos para recitar de memoria".

1926

[4] Este poema aparece tachado en una carta que Concha Urquiza dirigió a Arqueles Vela, fechada el 5 de mayo de 1926, es decir, cuando ella tenía 16 años de edad.

ARREPENTIMIENTO

Por lo que te he ofendido, dulce cariño mío,
quiero ser a tu anhelo cual sería el rocío:
tierna, dócil y humilde como el agua que mana
y se ofrece a las llagas de la miseria humana.

Yo enseñaré a mis manos a ser mansas contigo,
tal como las entrañas sonrosadas del higo,
para que te acaricien con tan suave caricia
como la voz del ave de la blanca novicia.

Yo enseñaré a mis plantas a que pisen tan quedo
como el viento que mueve las hojas del viñedo,
y a mis claros cabellos a quebrarse en tus manos
como frágiles tallos de lirios franciscanos.

Apoyaré mis dedos sobre tu excelsa frente
y será mi caricia sosegada corriente
para que fertilice tu pensamiento bello
y haga brillar tus ojos con singular destello.

Seré quieta y humilde como la arena rubia
y rozaré tus labios como agua de la lluvia
para llenar las horas del dulzor de las vidas,
hasta que tú perdones y para siempre olvides.

1925

DESPEDIDA DEL JUGLAR[5]

Dulce y triste despedida,
despedida del juglar,
que guitarra bajo el brazo
camino del templo va;
lleva una copla en los labios
y en el alma un grave afán
para juglar vale mucho,
para santo vale más.

Caminando se despide,
senderos que hacen penar,
muchachitas de la tierra
ya lo salen a mirar;
sus ojos beben la copla
que va regando al pasar.

¡Ay, qué nombres se desprenden
de los labios del juglar,
cómo saben, cómo duelen,
estrellas que caen al mar!

¡Ay qué abismos de silencio
van de la copla detrás,
qué angustia quiebra la copla
que va tirando a matar!...

[5] Concha Urquiza escribió este poema en 1940; lo empezó en una cafetería de Uruapan, Michoacán, y lo continuó en un automóvil viajando rumbo a Morelia, según lo cuenta el poeta sacerdote Xavier Guzmán Rangel, a quien Concha escribió el mencionado poema cuando él, aún joven, le comunicó a Concha su decisión de convertirse en sacerdote.

Ligera canción errante
que rumbo al silencio va,
¡qué talles tienen las niñas,
qué dulce boca del juglar,
y el camino y el mañana,
qué obscura tienen la faz!

Al son de la guitarrilla
voz que se oyó murmurar
ahogando la voz del canto
con duro silencio va,
¡Ay, nostalgia de estas calles
que el mañana turbará!
¡Ay, nostalgia de estas coplas,
de esas mozas, de ese afán;
temblor que cruza la noche,
noche que queda detrás
adiós, adiós que amanece,
noche olorosa a azahar,
noche de labios ardientes,
noche de espiga y panal!
Amanece en las montañas
nueva luz para el juglar...
que guitarra bajo el brazo
camino del templo va.

1940

El corazón preso
con una tirada de 10 mil ejemplares
lo terminó de imprimir la
Dirección General de Publicaciones
del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes
en los talleres de
Impresora Solart, S.A. de C.V.
Av. Guerrero 68-B, C.P. 06300
en diciembre de 1990

Diseño y fotografía de portada:
Gabriela Téllez

Cuidado de la edición:
Margarito Flores, Felipe Guevara de la Rosa
y Departamento de Corrección.